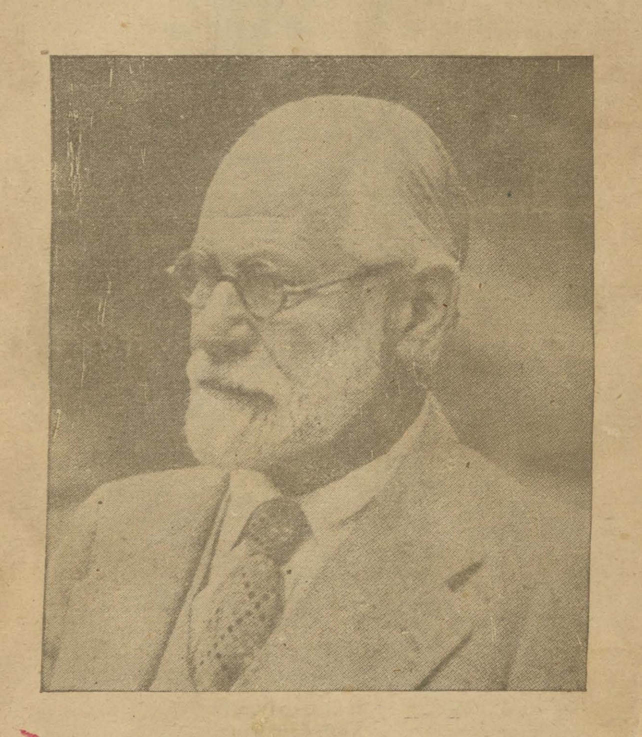
Edwin Flores

Prof. Sigmund Freud

La Psicoanálisis Y LA Teoría de la Libido



editorial cultura
SANTIAGO DE CHILE

(Pasa a la tapa siguiente)

LA PSICOANALISIS
y la
TEORIA DE LA LIBIDO

DISTRIBUIDORES
EXCLUSIVOS
PARA CHILE
LIBRERIA "CULTURA"
Huérfanos 1165 - Casilla 4130.
Santiago de Chile

COLECCION "HOMBRES E IDEAS"
FILOSOFIA — POLITICA — BIOGRAFIAS

Prof. Sigmund Freud

La Psicoanálisis y la Teoría de la Libido

EDITORIAL "CULTURA"
Casilla 4130
Santiago de Chile
1937

Printed in
Santiago of Chili



I

La psicoanálisis

Psicoanálisis es el nombre: 1.º de un método para la investigación de procesos anímicos apenas accesibles de otro modo; 2.º de un método terapéutico de perturbaciones neuróticas, basado en tal investigación; y 3.º de una serie de conocimientos psicológicos, así adquiridos, que van constituyendo paulatinamente una nueva disciplina científica.

Historia. Como mejor puede llegarse a la comprensión de la psicoanálisis, es siguiendo la trayectoria de su génesis y su evolución. En los años de 1880 y 1881, el doctor José Breuer, de Viena, conocido como médico internista y perito en fisiología experimental, tuvo sometida a tratamiento a una muchacha que había enfermado gravemente de histeria en ocasión de hallarse prestando su asistencia a su padre durante una larga y penosa dolencia. El cuadro patológico se componía de parálisis motoras, inhibiciones y trastornos de la conciencia. Siguiendo una indica-

ción de la propia enferma, muy inteligente, empleó con ella el hipnotismo y comprobó que una vez que la sujeto comunicaba, durante la hipnosis, los afectos y las ideas que la dominaban, volvía al estado psíquico normal. Por medio de la repetición consecuente del mismo trabajoso procedimiento, consiguió libertarla de todas sus inhibiciones y parálisis, hallando así recompensado su trabajo por un gran éxito terapéutico y por descubrimientos inesperados sobre la esencia de la enigmática neurosis. Pero Breuer se abstuvo de llevar más allá su descubrimiento e incluso lo silenció durante casi diez años, hasta que, a mi retorno a Viena (1886), después de seguir un curso en la clínica de Charcot, conseguí moverle a volver al tema y a laborar conmigo sobre él. Luego, en 1893, publicamos, en colaboración, una comunicación provisional, titulada "Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos", y, en 1895, un libro, "Estudios sobre la histeria", en el que dimos a nuestra terapia el nombre de "método catártico".

La catarsis. De las investigaciones que constituían la base de los estudios de Breuer y míos, se deducían, ante todo, dos resultados: Primero, que los síntomas histéricos entrañan un sentido y una significación, siendo sustitutivos de actos psíquicos normales; y segundo, que el descubri-

miento de tal sentido incógnito coincide con la supresión de los síntomas, confundiéndose así, en este sector, la investigación científica con la terapia. Las observaciones habían sido hechas en una serie de enfermos tratados como la primera paciente de Breuer, o sea por medio del hipnotismo, y los resultados parecían excelentes hasta que, más adelante, se hizo patente su lado débil. Las hipótesis teóricas que Breuer y yo edificamos por entonces estaban influídas por las teorías de Charcot sobre la histeria traumática y podían apoyarse en los desarrollos de su discípulo P. Janet, los cuales, aunque publicados antes que nuestros "Estudios", eran cronológicamente posteriores al caso primero de Breuer. En aquellas nuestras hipótesis apareció desde un principio, en primer término, el factor afectivo; los síntomas histéricos deberían su génesis al hecho de que un proceso psíquico cargado de intenso afecto viera impedida en algún modo su descarga por el camino normal conducente a la conciencia y hasta la motilidad, a consecuencia de lo cual el afecto así represado tomaba caminos indebidos y hallaba una derivación en la inervación somática (conversión). A las ocasiones en las que nacían tales "representaciones" patógenas les dimos, Breuer y yo, el nombre de "traumas psíquicos", y como pertenecían, muchas ve-

ces, a tiempos muy pretéritos, pudimos decir que los histéricos sufrían predominantemente de reminiscencias. La "catarsis" era entonces llevada a cabo en el tratamiento por medio de la apertura del camino conducente a la conciencia y a la descarga normal del afecto. La hipótesis de la existencia de procesos psíquicos *inconscientes* era, como se ve, parte imprescindible de nuestra teoría. También Janet había laborado con actos psíquicos inconscientes, pero, según acentuó en polémicas ulteriores contra la psicoanálisis, ello no era para él más que una expresión auxiliar, *une maniére de parler,* con la que no pretendía indicar nuevos conocimientos.

En una parte teórica de nuestros "Estudios", Breuer comunicó algunas ideas especulativas sobre los procesos de excitación en lo psíquico, que han marcado una orientación a investigaciones futuras, aun no debidamente practicadas. Con ellas puso un fin a sus aportaciones a este sector científico, pues al poco tiempo abandonó nuestra colaboración.

El paso a la psicoanálisis. Ya en los "Estudios" se iniciaban diferencias entre la manera de ver de Breuer y la mía. Breuer suponía que las representaciones patógenas ejercían acción traumática porque habían nacido en *"estados hipnoides"*, en los cuales la función anímica sucumbe a

ciertas restricciones. En cambio, yo rechazaba tal explicación y creía reconocer que una representación se hace patógena cuando su contenido repugna a las tendencias dominantes de la vida anímica, provocando así la "defensa" del individuo (Janet había atribuído a los histéricos una incapacidad constitucional para la síntesis de sus contenidos psíquicos; en este lugar se separaban de su camino el de Breuer y el mío). También las dos innovaciones, con las que yo abandoné a poco el terreno de la catarsis, constaban ya mencionadas en los "Estudios". Una vez terminada mi colaboración con Breuer, constituyeron el punto de partida de nuevos desarrollos.

Renuncia a la hipnosis. Una de tales innovaciones se basaba en una experiencia práctica y conducía a una modificación de la técnica; la otra consistía en un adelanto en el conocimiento clínico de la neurosis. Se demostró en seguida que las esperanzas terapéuticas fundadas en el tratamiento catártico, con ayuda de la hipnosis, no llegaban, en cierto modo, a cumplirse. La desaparición de los síntomas iba, desde luego, paralela a la catarsis, pero el resultado total se mostraba, sin embargo, totalmente dependiente de la relación del paciente con el médico, conduciéndose así como un resultado de la "sugestión" y cuando tal relación se rompía, emergían

de nuevos todos los síntomas, como si no hubieran hallado solución ninguna. A ello se añadía que el corto número de personas susceptibles de ser sumidas en profunda hipnosis traía consigo una limitación, muy sensible desde el punto de vista médico, en la aplicación del método catártico. Por todas estas razones, hube de decidirme a prescindir del hipnotismo, si bien ciertas impresiones experimentadas durante su aplicación me procuraron los medios de substituirlo.

La asociación libre. El estado hipnótico había producido en el paciente una tal impliación de la capacidad de asociación, que él mismo sabía hallar en el acto el camino, inaccesible para su reflexión consciente, desde el síntoma hasta las ideas y reminiscencias con él enlazadas. La supresión de la hipnosis parecía crear una situación sin salida, pero yo recordé la demostración de Bernheim de que lo vivido en estado de sonambulismo sólo aparentemente se hallaba olvidado y podía ser siempre devuelto a la memoria consciente del sujeto con sólo la afirmación imperiosa del médico de que no tenía más remedio que recordarlo. Intenté, pues, llevar también a mis pacientes no hipnotizados a la comunicación de sus asociaciones, para encontrar, con ayuda de dicho material, el camino condu-

cente a lo olvidado o rechazado. Más adelante observé que no era preciso ejercer gran presión sobre el sujeto y que en el paciente emergían casi siempre numerosas asociaciones; lo que sucedía es que tales asociaciones eran desviadas de la comunicación, e incluso de la conciencia, por ciertas objeciones que el sujeto se hacía. De la esperanza, indemostrada aún por entonces y confirmada luego por abundante experiencia, de que todo lo que el paciente asociara a un cierto punto de partida tenía que hallarse también en conexión interna con el mismo, resultó la técnica consistente en mover al paciente a renunciar a toda actitud crítica y utilizar el material de asociaciones, así extraído a la luz para el descubrimiento de las conexiones buscadas. Una intensa confianza en la determinación estricta de lo psíquico, contribuyó también a la adopción de esta técnica que había de sustituir al hipnotismo.

La "regla técnica fundamental". Este procedimiento de la "asociación libre" ha sido mantenido desde entonces, en la labor psicoanalítica, como regla técnica fundamental. Iniciamos el tratamiento invitando al paciente a ponerse en la situación de un autoobservador atento y desapasionado, limitándose a leer la superficie de su conciencia y obligándose, en primer lugar, a una absoluta sinceridad y, en segundo a no excluir de la

comunicación asociación ninguna, aunque le sea desagradable comunicarla o la juzgue insensata, nimia o impertinente. Se demuestra regularmente que precisamente aquellas ocurrencias que provocan las objeciones mencionadas entrañan singular valor para el hallazgo de lo olvidado.

La psicoanálisis como arte de interpretación. La nueva técnica transformó hasta tal punto la impresión del tratamiento, creaba tan nuevas relaciones entre el enfermo y el médico y procuraba tantos resultados sorprendentes, que pareció justificado diferenciar de la catarsis, con una distinta denominación, el nuevo método así constituído. En consecuencia, escogí para aquel procedimiento terapéutico, que podía ya ser extendido a muchas otras formas de la neurosis, el nombre de psicoanálisis. Esta psicoanálisis era, en primer término, un arte de interpretación y se planteaba la labor de profundizar el primero de los grandes descubrimientos de Breuer, o sea el de que los síntomas neuróticos eran una sustitución plena de sentido de otros actos psíquicos omitidos. Se trataba ahora de utilizar el material que procuraban las ocurrencias del paciente como si apuntara a un sentido oculto y adivinar por él tal sentido. La experiencia mostró en seguida que lo mejor y más adecuado que el médico analizador podía hacer era abandonarse a su propia activi-

dad mental inconsciente, conservándose en un estado de atención constante, evitar en lo posible toda reflexión y toda producción de hipótesis consciente, no querer fijar especialmente en su memoria nada de lo oído y aprehender, de este modo, con su propio inconsciente, lo inconsciente del analizado. Más adelante observamos, cuando las circunstancias no eran del todo desfavorables, que las ocurrencias del enfermo iban aproximándose, como alusiones y tanteos, a un tema determinado, de manera que nos bastaba arriesgar un solo paso para adivinar lo que a él mismo se le ocultaba y comunicárselo. Este arte de interpretación no podía, desde luego, concretarse en reglas fijas y dejaba amplio lugar al tacto y a la habilidad del médico, pero uniendo la imparcialidad a la práctica, se llegaba regularmente a resultados garantizables, esto es, a resultados que se confirmaban por su repetición en casos análogos. En tiempos en los que sólo muy poco se sabía sobre lo inconsciente, sobre la estructura de las neurosis y sobre los procesos psíquicos correspondientes, tenía que ser ya satisfactorio poderse servir de una tal técnica, aun cuando no poseyera fundamentos teóricos más firmes. Y aun hoy en día la desarrollamos de igual manera en el análisis sólo con el sentimiento de mayor seguridad y mejor comprensión de sus límites.

La interpretación de los actos fallidos y casuales. Fué un triunfo para el arte de interpretación de la psicoanálisis conseguir la demostración de que ciertos actos psíquicos muy frecuentes de los hombres normales, actos para los cuales no se había hallado aún explicación psíquica ninguna, debían equipararse a los síntomas de los neuróticos, entrañando, como ellos, un sentido, ignorado por el sujeto mismo, pero que podía ser descubierto sin gran trabajo por la labor analítica. Los fenómenos de este orden; el olvido temporal de palabras y nombres perfectamente conocidos, el olvido de propósitos, las equivocaciones, tan frecuentes, en el discurso, la lectura y la escritura, la pérdida y el extravío temporal de objetos, ciertos errores, los accidentes aparentemente casuales y, por último, ciertos "tics" o movimientos habituales hechos como sin intención y por juego y las melodías que se tararean "sin pensar", etc; todo esto era substraído a una explicación psicológica si tal se intentaba siendo mostrado como rigurosamente determinado y reconocido como manifestación de intenciones retenidas de la persona o como consecuencia de la interferencia de dos intenciones, una de las cuales era permanente o momentáneamente inconsciente. Esta aportación a la psicología entrañaba un múltiple valor. El perímetro de la determina-

ción psíquica quedó así insospechadamente ampliado, y disminuído el abismo supuesto entre el suceder psíquico normal y el patológico. En muchos casos se logró fácil atisbo en el dinamismo de las fuerzas psíquicas que habíamos de suponer detrás de tales fenómenos. Por último, logramos así un material apropiado como ningún otro para aceptar la existencia de actos psíquicos inconscientes, incluso a aquellos para quienes la hipótesis de un sistema psíquico inconsciente resultaba algo inaceptable y absurdo. El estudio de los propios actos fallidos y casuales, para el cual se nos ofrece a todos ocasión constante, es todavía actualmente la mejor preparación a una penetración en la psicoanálisis. La interpretación de los actos fallidos ocupa en el tratamiento analítico un puesto como medio para el descubrimiento de lo inconsciente, al lado de la interpretación de las asociaciones libres, mucho más importante.

La interpretación de los sueños. La aplicación de la técnica de la asociación libre a los sueños—a los propios o a los de los pacientes sometidos al análisis—abrió un nuevo acceso a los abismos de la vida psíquica. En realidad, lo más y mejor que de los procesos desarrollados en los estratos psíquicos inconscientes sabemos, nos ha sido descubierto por la interpretación de los sue-

ños. La psicoanálisis ha devuelto a los sueños la significación de que en la antigüedad gozaron, pero procede con ellos de otro modo. No se confía al ingenio del onirocrítico, sino que transfiere la labor, en su mayor parte, al sujeto mismo del sueño, interrogándole sobre sus asociaciones a los distintos elementos del sueño. Persiguiendo estas asociaciones se llega al conocimiento de ideas que corresponden por completo al sueño, pero que se dejan reconocer—hasta un cierto punto—como fragmentos plenamente comprensibles de la actividad psíquica despierta. De este modo, al sueño recordado como *contenido onírico manifiesto* se enfrentan las *ideas oníricas latentes*, descubiertas por medio de la interpretación. El proceso que ha transformado a estas últimas en el primero, o sea en el "sueño", puede ser calificado de *elaboración del sueño*.

A las ideas latentes del sueño les damos también, por su relación con la vida despierta, el nombre de *restos diurnos*. La elaboración onírica, a la que sería equivocado atribuir un carácter "creador", las *condensa* de un modo singular, las *deforma* por medio del *desplazamiento* de intensidades psíquicas y las dispone para su *representación en imágenes visuales*. Pero además, antes de quedar constituído el sueño manifiesto, las ideas latentes son sometidas a una *elaboración secun-*

daria que intenta dar al nuevo producto algo como sentido y coherencia. Este último proceso no pertenece ya propiamente a la elaboración del sueño.

Teoría dinámica de la producción de los sueños. No nos ha sido muy difícil descubrir el dinamismo de los sueños. La fuerza motriz de la producción de los sueños no es suministrada por las ideas, latentes o restos diurnos, sino por una tendencia inconsciente, reprimida durante el día, con la que pudieron enlazarse los restos diurnos y que se procura, con el material de las ideas latentes, el *cumplimiento de un deseo.* De este modo, todo sueño es, por un lado, un cumplimiento de deseos de lo inconsciente, y por otro en cuanto consigue preservar de perturbación el estado de reposo, un cumplimiento del deseo normal de dormir. Prescindiendo de la aportación inconsciente a la producción del sueño y reduciendo el sueño a sus ideas latentes, puede representar todo lo que ha ocupado a la vida despierta: una reflexión, una advertencia, un propósito, una preparación al futuro inmediato, o también la satisfacción de un deseo incumplido. La singularidad y el absurdo del sueño manifiesto es, por un lado, la consecuencia de la conducción de las ideas del sueño a una distinta forma expresiva que puede ser calificada de *arcaica,* pero también, por otro,

el efecto de una instancia restrictiva y crítica, que actúa aún durante el reposo. No es muy aventurado suponer que esta "censura del sueño", a la que hacemos responsable, en primer lugar, de la deformación que convierte las ideas latentes en el sueño manifiesto, es una manifestación de las mismas fuerzas psíquicas que durante el día habían *reprimido* el impulso optativo inconsciente.

Merecía la pena penetrar más en la explicación de los sueños, pues la labor analítica ha mostrado que el dinamismo de la producción onírica es el mismo que actúa en la producción de síntomas. Aquí como allí descubrimos una pugna entre dos tendencias, una inconsciente, reprimida por lo demás, que tiende a lograr satisfacción—cumplimiento de deseos—y otra repelente y represora, perteneciente probablemente al yo; y como resultado de este conflicto hallamos un producto transaccional—el sueño, el síntoma—en el cual han encontrado ambas tendencias una expresión incompleta. La importancia teórica de esta coincidencia es evidente. Como el sueño no es un fenómeno patológico, tal coincidencia nos prueba que los mecanismos psíquicos que generan los síntomas patológicos están ya dados en la vida psíquica normal, que la misma normatividad abarca lo normal y lo anormal y que los resultados de la investigación de los neuróticos y los dementes no

pueden ser indiferentes para la comprensión de la psique normal.

El simbolismo. En el estudio de la forma expresiva creada por la elaboración de los sueños, tropezamos con el hecho sorprendente de que ciertos objetos, actos y relaciones son representados indirectamente en el sueño por medio de "símbolos" que el sujeto emplea sin conocer su significación y con respecto a los cuales no procura, generalmente, asociación ninguna. Su traducción tiene que ser llevada a cabo por el analítico, el cual a su vez, sólo empíricamente, por medio de inserciones experimentales en el contexto, puede hallarla. Más adelante, resultó que los usos del lenguaje, la mitología y el folklore integraban abundantes analogías con los símbolos oníricos. Los símbolos, a los cuales se enlazan interesantísimos problemas, aun no resueltos, parecen ser un fragmento de una herencia psíquica antiquísima. La comunidad de los símbolos rebasa la comunidad de lenguaje.

La significación etiológica de la vida sexual. La segunda novedad surgida al sustituir la técnica hipnótica por la asociación libre, fué de na-
Cuanto más cuidadosamente llevábamos a cabo
turaleza clínica y se nos reveló al continuar la investigación de los sucesos traumáticos de los que parecían derivarse los síntomas histéricos.

esta investigación, más abundante se nos revelaba el encadenamiento de tales impresiones de significación etiológica y más se remontaban a la pubertad o a la niñez del neurótico. Simultáneamente tomaron un carácter unitario y, por último, tuvimos que rendirnos a la evidencia y reconocer que en la raíz de toda producción de síntomas existían impresiones traumáticas procedentes de la vida sexual más temprana. El trauma sexual se sustituyó así al trauma banal y este último debía su significación etiológica a su relación simbólica o asociativa con el primero y precedente. Dado que la investigación simultáneamente emprendida de casos de nerviosidad corriente, clasificados como de *neurastenia y neurosis de angustia,* procuró la conclusión que tales perturbaciones podían ser referidas a abusos actuales en la vida sexual y curadas con sólo la evitación de los mismos, no era nada aventurado deducir que las neurosis eran, en general, manifestación de perturbaciones de la vida normal: las llamadas *neurosis actuales* la manifestación (químicamente facilitada) de daños presentes, y las *psiconeurosis* la manifestación (psíquicamente elaborada) de daños muy pretéritos, de tal función, tan importante biológicamente y tan lamentablemente desatendida hasta entonces por la ciencia. Ninguna de las tesis de la psicoanálisis

ha hallado tan obstinada incredulidad ni tan tenaz resistencia como esta de la magna importancia etiológica de la vida sexual para las neurosis. Pero también hemos de hacer constar que a través de toda su evolución y hasta el día, la psicoanálisis no ha encontrado motivo alguno de retirar tal afirmación.

La sexualidad infantil. La investigación etiológica llevó a la psicoanálisis a ocuparse de un tema cuya existencia apenas se sospechaba antes de ella. La ciencia se había habituado a hacer comenzar la vida sexual con la pubertad y a juzgar como raros signos de precocidad y degeneración las manifestaciones de una sexualidad infantil. Pero la psicoanálisis descubrió una plenitud de fenómenos tan singulares como regulares, que forzaban a hacer coincidir el comienzo de la función sexual en el niño casi con el principio de su vida extrauterina, y nos preguntamos sorprendidos cómo había sido posible no advertirlo. Los primeros atisbos de la sexualidad infantil nos fueron procurados, ciertamente, por la investigación analítica de sujetos adultos y entrañaban, por lo tanto, todas las dudas y todos los defectos inherentes a una revisión tan tardía, pero cuando más tarde (a partir de 1908), comenzamos también el análisis de sujetos infantiles comprobamos directamente en ellos nuestras tesis.

La sexualidad infantil mostraba en algunos aspectos un cuadro distinto al de la de los adultos y sorprendía por integrar numerosos rasgos de aquello que en los adultos es calificado de *"perversión"*. Hubo necesidad de ampliar el concepto de lo sexual hasta hacerle abarcar más que la tendencia a la unión de los dos sexos en el acto sexual o a la provocación de determinadas sensaciones de placer en los genitales. Pero esta ampliación quedaba recompensada por la posibilidad de comprender unitariamente la vida sexual infantil, la normal y la perversa.

Mi investigación analítica cayó primero en el error de sobrestimar la *seducción* o iniciación sexual como fuente de las manifestaciones sexuales infantiles y germen de la producción de síntomas neuróticos. La superación de este error quedó lograda al descubrir el papel extraordinario que en la vida psíquica de los neuróticos desempeñaba la *fantasía*, francamente más decisiva para la neurosis que la realidad exterior. Detrás de estas fantasías emergió luego el material que permite desarrollar la exposición siguiente de la evolución de la función sexual.

La evolución de la libido. El instinto sexual, cuya manifestación dinámica en la vida anímica es lo que denominamos "libido", se compone de instintos parciales, en los cuales puede también

descomponerse de nuevo, y que sólo paulatinamente van uniéndose para formar determinadas organizaciones. Fuentes de estos instintos parciales son los órganos somáticos, especialmente ciertas *zonas erógenas,* pero todos los procesos funcionales importantes del soma procuran también aportaciones a la libido. Los diferentes instintos parciales tienden al principio independientemente unos de otros a la satisfacción; pero en el curso de la evolución quedan cada vez más sintetizados y centrados. El primer estadio de la organización (pregenital) de la libido es el *oral*, en el cual, correlativamente al interés capital del niño de pecho, es la *zona bucal* la que desempeña el papel principal. A continuación viene la organización *sádico-anal*, en la cual resaltan especialmente el instinto parcial del *sadismo y la zona anal;* la diferencia de los sexos es representada en esta fase por la antítesis de actividad y pasividad. El último y definitivo estadio de organización es la síntesis de la mayoría de los instintos parciales bajo la *primacía de las zonas genitales.* Esta evolución se desarrolla generalmente con gran rapidez y discreción, pero partes aisladas de los instintos permanecen detenidas en los estadios previos al desenlace final y producen así las *fijaciones* de la libido, muy importantes como

disposiciones a ulteriores transgresiones de las tendencias reprimidas y que integran una determinada relación con el desarrollo de ulteriores neurosis y perversiones. (Véase la teoría de la libido).

El hallazgo de objeto y el complejo de Edipo. El instinto parcial oral encuentra al principio su satisfacción con ocasión del apaciguamiento de la necesidad de alimentación y su objeto en el pecho materno. Luego se hace independiente y, al mismo tiempo, *auto-erótico,* esto es, encuentra su objeto en el propio cuerpo. También otros instintos parciales se conducen al principio autoeróticamente y son orientados luego hacia un objeto extraño. Es un hecho muy importante el de que los instintos parciales de la zona genital pasan regularmente por un período de intensa satisfacción autoerótica. No todos los instintos parciales son igualmente utilizables para la organización genital; algunos de ellos (por ejemplo los anales), son dados de lado, reprimidos o sufren complicadas transformaciones.

Ya en los primeros años infantiles (aproximadamente entre los dos años y los cinco) se constituye una síntesis de las tendencias sexuales cuyo objeto es, en el niño, la madre. Esta elección de objeto, junto con la correspondiente actitud de rivalidad y hostilidad contra el padre,

es el contenido del llamado complejo de Edipo. que, en todos los humanos, entraña máxima importancia para la estructuración definitiva de la vida erótica. Se ha comprobado como hecho característico que el hombre normal aprende a vencer el complejo de Edipo, mientras que el neurótico permanece vinculado a él.

La doble iniciación de la evolución sexual. Este período temprano de la vida sexual encuentra normalmente un fin hacia el quinto año de la vida individual y es seguido por un período de *latencia* más o menos completa, durante la cual son establecidas las restricciones éticas como dispositivos protectores contra los impulsos optativos del complejo de Edipo. En el período siguiente de la pubertad, el complejo de Edipo experimenta una reviviscencia en lo inconsciente y avanza hacia sus ulteriores transformaciones. Sólo el período de la pubertad desarrolla los instintos sexuales hasta su plena intensidad. Pero tanto la dirección de esta evolución como todas las disposiciones a ella inherentes, están ya determinadas por la anterior floración temprana infantil de la sexualidad. Esta evolución en dos fases, interrumpida por el período de latencia, de la función sexual, parece ser una peculiaridad biológica de la especie humana y contener la condición de la génesis de las neurosis.

La teoría de la represión. La reunión de estos conocimientos teóricos con las impresiones inmediatas de la labor analítica conduce a una concepción de las neurosis que expuesta a grandes rasgos sería la siguiente: Las neurosis son la expresión de conflictos entre el yo y aquellas tendencias sexuales que el yo encuentra incompatibles con su integridad o con sus exigencias éticas. El yo ha *reprimido* tales tendencias, esto es, las ha retirado su interés y las ha cerrado el acceso a la conciencia y a la descarga motora conducente a la satisfacción. Cuando en la labor analítica intentamos hacer conscientes estos impulsos inconscientes se nos hacen sentir las fuerzas *represoras* en calidad de *resistencia.* Pero la función de la represión falla con singular facilidad en cuanto a los instintos sexuales, cuya libido represada se crea, partiendo de lo inconsciente, otros exutorios, *retrocediendo* a fases evolutivas y objetos anteriores y aprovechando las fijaciones infantiles o sea los puntos débiles de la evolución de la libido para lograr acceso a la conciencia y conseguir derivación. Lo que así nace es un *síntoma,* y, por lo tanto, en el fondo, una satisfacción sustitutiva sexual, pero tampoco el síntoma puede substraerse por completo a la influencia de las fuerzas represoras del yo y, en consecuencia, tiene que someterse—lo mismo que

el sueño—a modificaciones y desplazamientos que hacen irreconocible su carácter de satisfacción sexual. El síntoma recibe, así, el carácter de un *producto transaccional* entre los instintos sexuales reprimidos y los instintos del yo represores, de un cumplimiento de deseos simultáneo para ambas partes, pero también para ambas igualmente incompleto. Tal sucede estrictamente con los síntomas de la histeria mientras que en los de la neurosis obsesiva la parte de la instancia represora logra más intensa expresión por medio de la formación de productos de reacción (garantías contra la satisfacción sexual).

La transferencia. Si la tesis de que las fuerzas motrices de la producción de síntomas neuróticos son de naturaleza sexual, necesitará aún de más amplia prueba, la encontraría en el hecho de que en el curso del tratamiento analítico se establece una relación afectiva especial del paciente con el médico, la cual traspasa toda medida racional, varía desde el más cariñoso abandono a la hostilidad más tenaz y toma todas sus peculiaridades de actitudes eróticas anteriores, tornadas inconscientes, del paciente. Esta *transferencia*, que tanto en su forma positiva como en su forma negativa entra al servicio de la *resistencia*, se convierte, en manos del médico, en el medio auxiliar más poderoso del tratamiento y desempeña en el

dinamismo del proceso de curación un papel de extrema importancia.

Los pilares maestros de la teoría psicoanalítica. La hipótesis de la existencia de procesos psíquicos inconscientes, el reconocimiento de la teoría de la resistencia y de la represión, la valoración de la sexualidad y del complejo de Edipo son los contenidos capitales de la psicoanálisis y los fundamentos de su teoría. Y quien no los acepta todos, no debía contarse entre los psicoanalíticos.

Destinos ulteriores de la psicoanálisis. Hasta el punto que alcanza lo precedente avanzó la psicoanálisis por la labor personal mía, desarrollada a través de un decenio durante el cual fuí yo el único psicoanalítico. En el año 1906 comenzaron los psiquiatras suizos E. Bleuler y C. G. Jung, a tomar viva parte en el análisis. En 1907 se celebró en Salzburgo una primera reunión de sus adeptos y poco después llegó ya nuestra joven ciencia a constituir un centro de atención tanto de los psiquiatras como de los profanos. La acogida que halló en Alemania, ansiosa siempre de autoridad, no fué ciertamente nada gloriosa para la ciencia alemana e incluso movió a un partidario tan frío como Bleuler a tomar enérgicamente su defensa. Pero todas las condenaciones oficiales no fueron bastante para detener el crecimien-

to interno y la difusión externa de la psicoanálisis, la cual, en el curso de los diez años siguientes, traspasó las fronteras de Europa y se hizo especialmente popular en los Estados Unidos, a lo cual contribuyó, en gran medida, la colaboración de J. Putnam (Boston), Ernest Jones (Toronto y luego Londres), Flournoy (Ginebra), Ferenczi (Budapest), Abraham (Berlín) y muchos otros. El anatema declarado sobre la psicoanálisis movió a sus adeptos a reunirse en una organización internacional que en el año actual (1922) ha celebrado en Berlín su octavo Congreso privado y comprende hoy los grupos locales de Viena, Budapest, Berlín, Holanda, Zurich, Londres, Nueva York, Calcuta y Moscú. Tampoco la guerra interrumpió esta evolución. En 1918-1919 el doctor Anton von Freund (Budapest) fundó la editorial "Internationaler Psychoanalytischer Verlag" que publica los libros y revistas consagrados a la psicoanálisis. En 1920 fué creada por el doctor Max Eitingon la primera "Poliiclínica psicoanalítica", consagrada al tratamiento de los enfermos nerviosos pobres. Las traducciones de mis obras principales al francés, al italiano y al español atestiguan el despertar del interés hacia la psicoanálisis también en el mundo romántico. De 1911 a 1913 se desviaron de la psicoanálisis dos ramificaciones manifiestamente

tendientes a mitigar lo que en ella constituía piedra de escándalo. Una de ellas, iniciada por C. G. Jung, intentaba dar satisfacción a aspiraciones éticas, despojó al complejo de Edipo de su valor real por medio de una transmutación simbólica y desatendió en la práctica el descubrimiento del período infantil olvidado, que pudiéramos llamar "prehistórico". La otra, cuyo iniciador fué Alfred Adler, de Viena, presentaba varios factores de la psicoanálisis bajo nombres distintos por ejemplo, la represión, sexualizada, como "protesta masculina", pero en lo demás prescindía de lo inconsciente y de los instintos sexuales e intentaba referir, tanto el carácter como la evolución de las neurosis, a la voluntad de poderío, la cual tendería a detener por medio de una sobrecompensación los peligros nacidos de inferioridades orgánicas. Ninguna de estas ramificaciones, construídas a modo de sistemas, ha influído duraderamente sobre la evolución de la psicoanálisis; de la de Adler se ha visto pronto claramente que no tenía nada que ver con la psicoanálisis a la que quería sustituir.

Nuevos progresos de la psicoanálisis. Desde que la psicoanálisis ha llegado a ser el tema de la labor de un tan amplio número de observadores, ha ganado en riqueza y profundidad con

aportaciones a las que sentimos no poder dedicar aquí sino muy breve mención.

El narcisismo. Su progreso teórico más importante ha sido la aplicación de la teoría de la libido al yo represor. Se llegó a representarse el mismo yo como un depósito de libido—denominada narcisista—del cual parten las cargas de libido de los objetos y al cual pueden las mismas retornar. Con ayuda de esta representación se hizo posible llegarse al análisis del yo y llevar a cabo la diferenciación clínica de las psiconeurosis en *neurosis de transferencia* y afecciones *narcisistas.* En las primeras (histeria y neurosis obsesiva) hay disponible una medida de libido tendiente a su transferencia a otros objetos, la cual libido es utilizada para la práctica del tratamiento analítico. Las perturbaciones narcisistas (dementia praecox, paranoia y melancolía) se caracterizan, en cambio, por la retracción de la libido de los objetos y son, por lo tanto, apenas accesibles a la terapia analítica. Esta insuficiencia terapéutica no ha impedido, sin embargo, al análisis, actuar en la más honda comprensión de las dolencias atribuídas a estas psicosis.

Modificación de la técnica. Una vez que el desarrollo del arte de interpretación hubo satisfecho, por decirlo así, el ansia de saber del analítico, se hizo objeto de su interés el problema de

por qué caminos podía alcanzarse el influjo más adecuado sobre el paciente. No tardó en demostrarse que la primera tarea del médico debía ser la de ayudar al paciente a descubrir y dominar luego las *resistencias* emergentes en él durante el tratamiento, de las cuales no tiene, al principio, conciencia. También se descubrió simultáneamente que la parte capital de la labor terapéutica estaba en la superación de estas resistencias y que sin ella se hacía imposible conseguir una modificación psíquica duradera del paciente. Desde que la labor del analítico se orienta así hacia la resistencia del paciente, la técnica analítica ha adquirido una sutileza y una concreción comparables a las de la cirugía. No es, pues, lícito emprender tratamientos psicoanalíticos sin una preparación analítica fundamental, y el médico que a ello se aventura sin más bagaje que su título profesional expedido por el Estado, no es más que un profano.

La psicoanálisis como método terapéutico. La psicoanálisis no ha pretendido jamás ser una panacea, ni hacer milagros. Dentro de uno de los sectores más arduos de la actividad médica es, para algunas dolencias, el único método posible y, para otras, el que mejores y más duraderos resultados procura, aunque jamás sin un gasto proporcional de trabajo y de tiempo. El médico

que no limita su interés a la terapia, ve también recompensado su trabajo por insospechados atisbos en la trama de la vida anímica y en las relaciones entre lo psíquico y lo somático. Allí donde, por ahora, no puede ofrecer más que comprensión teórica, inicia quizá el camino de un ulterior influjo directo sobre las perturbaciones neuróticas. Su campo de acción está constituído, sobre todo, por las dos neurosis de transferencia, la histeria y la neurosis obsesiva, cuya estructura interna y cuyos mecanismos ha contribuído a descubrir, pero, además, por toda clase de fobias, inhibiciones, trastornos del carácter, perversiones sexuales y perturbaciones de la vida erótica. Según algunos analíticos tampoco carece de posibilidades favorables el tratamiento analítico de enfermedades manifiestamente orgánicas (Jelliffe, Groddeck, Félix Deutsch), pues no es raro que un factor psíquico participe en la génesis y la persistencia de tales afecciones. Como la psicoanálisis exige de sus pacientes una cierta medida de plasticidad, tiene que atenerse, en su selección, a determinados límites de edad; y como exige una larga e intensa ocupación con cada enfermo, sería antieconómico derrochar tal esfuerzo con individuos carentes de todo valor, y además neuróticos. La experiencia extraída del material policlínico

enseñará qué modificaciones son necesarias para hacer accesible la terapia psicoanalítica a sectores populares más amplios y adaptarla a inteligencias más débiles.

Su comparación con los métodos hipnóticos y sugestivos. El método psicoanalítico se diferencia de todos los sugestivos, persuasivos, etc., en que no intenta sojuzgar autoritariamente ningún fenómeno psíquico del sujeto. Procura descubrir la causación del fenómeno y suprimirlo por medio de una modificación duradera de sus condiciones genéticas. La inevitable influencia sugestiva del médico es orientada, en psicoanálisis, hacia la superación de las resistencias, tarea encomendada al paciente mismo. Contra el peligro de falsear, por sugestión, los datos mnémicos del sujeto, nos protegemos por medio de un prudente manejo de la técnica. Pero en general, precisamente la emergencia de las resistencias nos protege contra una posible acción indeseable de la influencia sugestiva. La finalidad del tratamiento puede concretarse en procurar al sujeto, por medio de la supresión de las resistencias y el examen de sus represiones, la más completa unificación y el máximo robustecimiento posibles de su yo, ahorrarle el gasto psíquico exigido por los conflictos internos, hacer de él lo mejor que se pueda con arreglo a sus disposiciones y capaci-

dades y hacerle así capaz de rendimiento y de goce. La supresión de los síntomas no es considerada como un fin especial, pero se logra siempre, a condición de practicar debidamente el análisis, como un resultado accesorio. El analítico respeta la peculiaridad del paciente, no procura modificarla conforme a sus propios ideales y le es muy grato ahorrarse consejos y despertar en cambio la iniciativa del analizado.

Su relación con la psiquiatría. La psiquiatría es actualmente una ciencia esencialmente descriptiva y clasificadora, de orientación aun más somática que psicológica y carente de posibilidades de explicación de los fenómenos observados. Pero la psicoanálisis no se contrapone a ella, como pudiera creerse, por la actitud casi general de los psiquiatras. Como *psicología abisal,* como psicología de los procesos anímicos substraídos a la conciencia, está llamada a procurar a la psiquiatría una subestructura imprescindible y a ayudarla a superar sus limitaciones actuales. El porvenir creará, seguramente, una psiquiatría científica a la cual habrá servido de introducción la psicoanálisis.

Críticas e interpretaciones erradas de la psicoanálisis. La mayor parte de lo que, incluso en obras científicas, se ha opuesto a la psicoanálisis, reposa en una información insuficiente, la cual

parece, a su vez, fundada en resistencias afectivas. Así, es erróneo acusar a la psicoanálisis de "pansexualismo" y pretender que deriva de la sexualidad todo el suceder anímico y lo refiere a ella. La psicoanálisis ha diferenciado más bien desde un principio los instintos sexuales de otros a los que provisionalmente ha denominado "instintos del yo". Jamás se le ha ocurrido querer explicarlo "todo" y ni siquiera ha derivado las neurosis exclusivamente de la sexualidad sino del conflicto entre las tendencias sexuales y el yo. El término "libido" no significa en psicoanálisis (salvo en los escritos de C. G. Jung), simplemente energía psíquica, sino la fuerza motriz de los instintos sexuales. Ciertas afirmaciones, como la de que todo sueño es un cumplimiento de deseos sexuales, no han sido jamás sentadas. El reproche de unilateralidad que se opone a la psicoanálisis, la cual, como *ciencia de lo inconsciente psíquico*, tiene su dominio determinado y limitado, es tan inadecuado como si se dirigiera a la química. Otro lamentable error de interpretación, sólo a ignorancia atribuirle, es el de suponer que la psicoanálisis espera la curación de las afecciones neuróticas de una "libre expansión" de la sexualidad. La aportación de los deseos sexuales a la conciencia, conseguida por el análisis, hace más bien posible el dominio de los mismos, inalcanzable antes

a causa de la represión. Puede más bien decirse que el análisis liberta al neurótico de las ligaduras de su sexualidad. Además, es absolutamente anticientífico preguntarse si la psicoanálisis puede llegar a echar por tierra la religión, la autoridad y la moral, puesto que, como toda ciencia, no tiene nada de tendenciosa y su único propósito es aprehender exactamente un trozo de la realidad. Por último, no puede parecernos más que una simpleza el temor de que los pretendidos bienes supremos de la Humanidad: la investigación, el arte, el amor y los sentimientos morales y sociales puedan perder su valor o su dignidad porque la psicoanálisis esté en situación de demostrar su procedencia de impulsos instintivos elementales animales.

Aplicaciones y relaciones no médicas de la psicoanálisis. Nuestra exposición de la psicoanálisis sería incompleta si omitiéramos manifestar que es la única disciplina médica que entraña amplísimas relaciones con las ciencias del espíritu y está en vías de lograr, en cuanto a la historia de la religión y de la cultura, la mitología y la literatura, la misma significación que en cuanto a la psiquiatría. Lo cual podría maravillar si se tiene en cuenta que originariamente no tenía otro fin que la comprensión y la influencia de los síntomas neuróticos. Pero no es nada difícil indicar en

qué punto de su evolución hubo de tenderse el puente que la unió a las ciencias del espíritu. Cuando el análisis de los sueños procuró un atisbo de los procesos anímicos inconscientes y mostró que los mecanismos que crean los síntomas patológicos actúan también en la vida psíquica normal, la psicoanálisis se convirtió en *psicología abisal,* y capaz como tal de aplicación a las ciencias del espíritu, pudo resolver una multitud de problemas ante los cuales la psicología oficial de los procesos conscientes tenía que detenerse perpleja. Muy pronto ya se establecieron las relaciones con las filogénesis humana. Se descubrió cuán frecuentemente la función patológica no es más que una *regresión* a una fase evolutiva anterior de la normal. C. G. Jung fué el primero en señalar expresamente la sorprendente coincidencia entre las fantasías de los enfermos de dementia praecox y los mitos de los pueblos primitivos. Por mi parte, he llamado la atención sobre el hecho de que los dos impulsos optativos que componen el complejo de Edipo coinciden intrínsecamente con las dos prohibiciones capitales del *totemismo* (la de matar al patriarca y la de matrimoniar con mujer de la misma casta) y deduje de él amplias conclusiones La significación del complejo de Edipo comenzó a crecer de un modo gigantesco. Surgió la sospecha que el orden estatal, la

moral, el derecho y la religión habían surgido conjuntamente en la época primordial de la Humanidad como productos de la reacción al complejo de Edipo. Otto Rank arrojó viva luz sobre la mitología y la historia de la literatura con la aplicación de los descubrimientos psicoanalíticos, y lo mismo Th. Reik sobre la historia de las religiones y las costumbres. El sacerdote O. Pfister, de Zurich, despertó el interés de los pastores de almas y los pedagogos e hizo comprender el valor de los puntos de vista psicoanalíticos para la pedagogía. No es este lugar propicio para extendernos sobre estas aplicaciones de la psicoánálisis; basta la observación de que su extensión no ve todavía un límite.

Carácter de la psicoanálisis como ciencia empírica. La psicoanálisis no es un sistema como los filosóficos, que parta de unos cuantos conceptos fundamentales precisamente definidos, intente aprehender con ellos la totalidad del universo, y una vez concluso y cerrado no ofrezca espacio a nuevos hallazgos y mejores conocimientos. Se adhiere más bien a los hechos de su campo de acción, intenta resolver los problemas más inmediatos de la observación, tantea sin dejar el apoyo de la experiencia, se considera siempre inacabada y está siempre dispuesta a rectificar o substituir sus teorías. Tolera tan bien como la Física o

la Química que sus conceptos superiores sean obscuros y sus hipótesis provisionales y espera de una futura labor una más precisa determinación de los mismos.

II

La teoría de la libido

Libido es un término de la teoría de los instintos, destinado a la designación de la manifestación dinámica de la sexualidad, utilizado ya por A. Moll en este sentido (Investigaciones sobre la libido sexualis, 1898) e introducido por mí en la psicoanálisis. En lo que sigue nos limitaremos a seguir qué desarrollos, aun no determinados, ha experimentado la teoría de los instintos en la psicoanálisis.

Antítesis de instintos sexuales e instintos del yo. La psicoanálisis, que no tardó en descubrir que había de fundar todo el suceder anímico en el dinamismo de los instintos elementales, se vió en pésima situación, pues no había, en la psicología, una teoría de los instintos y nadie podía decirle lo que un instinto propiamente era. Reinaba la arbitrariedad más absoluta y cada psicólogo admitía tantos instintos como quería y precisamente los que quería. El primer objeto de estudio de la psicoanálisis fueron las neurosis de transferencia

(la histeria y la neurosis obsesiva). Sus síntomas nacían por cuanto impulsos instintivos sexuales habían sido rechazados (reprimidos) por la personalidad (por el yo) y se habían procurado indirectamente, a través de lo inconsciente, una expresión. Comenzamos, pues, por oponer, a los instintos sexuales, instintos del yo (instintos de autoconservación), y nos encontramos entonces de acuerdo con la tesis, hecha popular, del poeta, que atribuye todo el suceder universal a dos únicas fuerzas: el hambre y el amor. La libido era en igual sentido la manifestación energética del amor, como el hambre la del instinto de conservación. La naturaleza de los instintos del yo permaneció así, en un principio, indeterminada e inaccesible al análisis como todos los demás caracteres del yo. Sin que fuera posible indicar si entre ambas clases de instintos debían suponerse diferencias y cuáles podían ser éstas.

La libido primordial. C. G. Jung intentó vencer esta obscuridad por un camino especulativo admitiendo tan sólo una única libido primordial que podía ser sexualizada y desexualizada, y coincidía, por lo tanto, en esencia, con la energía psíquica en general. Esta innovación era discutible desde el punto de vista metodológico, rebajaba el término de "libido" a la categoría de un sinónimo superfluo y forzaba, en la práctica, a

distinguir constantemente entre libido sexual y asexual. La diferencia entre los instintos sexuales y los instintos con otros fines no podía ser suprimida con sólo una nueva definición.

La sublimación. El estudio reflexivo de las tendencias sexuales sólo analíticamente accesibles había procurado, entretanto, interesantísimos conocimientos aislados. Lo que se conocía con el nombre de instinto sexual era algo muy compuesto y podía descomponerse en sus instintos parciales. Cada instinto parcial se hallaba inmutablemente caracterizado por su *fuente*, esto es, por aquella región del soma de la cual extraía el mismo su estímulo. Además, podían distinguirse en él un *objeto* y un *fin*. El fin era siempre su satisfacción o descarga, pero podía experimentar una mutación de la actividad a la pasividad. El objeto estaba menos firmemente vinculado al instinto de lo que al principio parecía, podía ser fácilmente trocado por otro, y también el instinto que había tenido un objeto exterior podía ser orientado hacia la propia persona. Los diferentes instintos podían permanecer independientes unos de otros, o —en forma aun irrepresentable—combinarse, fundirse para una labor común. Podían también representarse mutuamente, transferirse sus cargas de libido, de manera que la satisfacción de uno quedara substituída por la de otro. El desti-

no más importante de los instintos parecía ser la *sublimación*, en la cual son substituídos por otros el objeto y el fin, de manera que el instinto originalmente sexual encuentra su satisfacción en una función no sexual ya y más elevada desde el punto de vista social o ético. Todos estos son rasgos que no se unen todavía en una imagen conjunta.

El narcisismo. Un progreso decisivo resultó cuando nos arriesgamos al análisis de la *dementia praecox* y otras afecciones psicóticas y empezamos con ello a estudiar el yo, al cual hasta entonces sólo conocíamos como instancia represora y resistente. Descubrimos que el proceso patógeno de la *dementia praecox* consistía en que la libido era retirada de los objetos y retraída al yo, siendo los ruidosos fenómenos patológicos correspondintes la consecuencia de los vanos esfuerzos de la libido por hallar el camino de retorno a los objetos. Es, pues, posible que la libido de los objetos se transformara en carga del yo, e inversamente. Otras reflexiones mostraron que el yo podía ser considerado como un gran depósito de libido, del que afluía la libido a los objetos y que se hallaba siempre dispuesto a acoger la libido retornada de los objetos. Así, pues, los instintos de conservación eran también de naturaleza libidinosa, eran instintos sexuales que en vez de los objetos exte-

riores habían tomado por objeto al propio yo. Por nuestra experiencia clínica conocíamos personas que se conducían singularmente como si estuvieran enamoradas de sí mismas, y habíamos dado a esta perversión el nombre de *narcisismo*. Denominamos, pues, a la libido de los instintos de autoconservación *libido narcisista*, y reconocimos una amplia medida de tal amor propio como el estado primario y normal. La fórmula primera de las neurosis de transferencia precisaba, pues, ahora, no de una rectificación, pero sí de una modificación: en lugar de un conflicto entre instintos sexuales e instintos del yo, hablamos mejor de un conflicto entre la libido del objeto y la libido del yo, o, puesto que la naturaleza de los instintos era la misma, entre las cargas del objeto y el yo.

Aproximación aparente a la interpretación de Jung. De este modo pareció como si también la lenta investigación psicoanalítica hubiera llegado al mismo resultado que la especulación de Jung sobre la libido primordial, puesto que la transformación de la libido del objeto en narcisismo traía consigo inevitablemente una cierta desexualización, un abandono de los fines sexuales especiales. Pero se impone la reflexión de que si los instintos de autoconservación del yo son recono-

cidos como libidinosos, ello no demuestra que en el yo no actúen también otros instintos.

El instinto gregario. Se afirma multilateralmente la existencia de un instinto gregario especial innato que determina la conducta social de los hombres e impulsa al individuo a la reunión en comunidades más amplias. La psicoanálisis ha de oponerse a esta tesis. Si el instinto social es también innato, puede ser referido sin dificultad a cargas de objeto originariamente libidinosas y se desarrolla en el individuo infantil como producto de la reacción a actitudes hostiles de rivalidad. Reposa en una forma especial de la identificación con los demás.

Tendencias sexuales de fin inhibido. Los instintos sociales pertenecen a una clase de impulsos instintivos que no requieren forzosamente el calificativo de sublimados, aunque están próximos a los de este orden. No han abandonado sus fines directamente sexuales, pero se ven impedidos de alcanzarlos, por resistencias internas, se contentan con ciertas aproximaciones a la satisfacción y establecen, precisamente por ello, vínculos singularmente firmes y duraderos entre los hombres. A esta clase pertenecen especialmente las relaciones cariñosas, plenamente sexuales en su origen, entre padres e hijos, los sentimientos

de la amistad y el cariño conyugal, nacido de la inclinación sexual.

Reconocimiento de dos clases de instintos en la vida anímica. La labor analítica que, en general, tiende a desarrollar sus teorías independientemente de las otras ciencias, al tratarse de la teoría de los instintos se ve obligada a buscar apoyo en la biología. Amplias reflexiones sobre los procesos que constituyen la vida y conducen a la muerte, muestran probable la existencia de dos clases de instintos, correlativamente a los procesos opuestos de construcción y destrucción en el organismo. Unos de estos instintos, que laboran silenciosamente en el fondo, perseguirían el fin de conducir a la muerte al ser vivo; merecerían por lo tanto el nombre de *"instintos de muerte"* y emergerían, vueltos hacia el exterior por la acción conjunta de los muchos organismos elementales celulares, como tendencias de *destrucción* o de *agresión*. Los otros serían los instintos sexuales o instintos de vida libidinosos (el Eros) mejor conocidos analíticamente, cuya intención sería formar, con la substancia viva, unidades cada vez más amplias, conservar así la perduración de la vida y llevarla a evoluciones superiores. En el ser animado, los instintos eróticos y los de muerte habrían constituído regularmente mezclas y aleaciones; pero también serían posibles disocia-

ciones de los mismos. La vida consistiría en las manifestaciones del conflicto o de la interferencia de ambas clases de instintos, venciendo los de destrucción con la muerte y los de vida (el Eros) con la reproducción.

La naturaleza de los instintos. Sobre el terreno de esta teoría puede decirse que los instintos son tendencias intrínsecas de la substancia viva a la reconstitución de un estado anterior, o sea históricamente condicionadas, de naturaleza conservadora y como manifestación de una inercia o una elasticidad de lo orgánico. Ambas clases de instintos, el Eros y el instinto de muerte, actuarían y pugnarían entre sí desde la primera génesis de la vida.

ESQUEMA DE LA PSICOANALISIS

I

La psicoanálisis nació, por decirlo así, con el siglo XX. La obra con la cual apareció ante el mundo como algo nuevo, mi "Interpretación de los sueños", vió la luz en 1900. Pero, naturalmente, no brotó de la roca ni cayó del cielo, sino que se enlaza a algo anterior, continuándolo, y surge de estímulos que somete a elaboración. Así, pues, su historia ha de comenzar por la descripción de las influencias que presidieron su génesis y no debe pasar por alto tiempos y estados anteriores a su creación.

La psicoanálisis nació en un terreno estrictamente delimitado. Originalmente, sólo conocía un fin: el de comprender algo de la naturaleza de las enfermedades nerviosas llamadas "funcionales", para vencer la impotencia médica de hasta entonces en cuanto a su tratamiento. Los neurólogos de aquella época habían sido formados en la sobrestimación de los hechos químicos-físi-

cos y patalógicos-anatómicos y, a lo último, se hallaban bajo la influencia de los descubrimientos de Hitzig y Fritch, Ferrier, Goltz y otros, que parecían demostrar una íntima vinculación, quizá exclusiva, de ciertas funciones, a determinadas partes del cerebro. Con el factor psíquico no sabían qué hacerse; no podían aprehenderlo, lo abandonaban a los filósofos, a los místicos y a los curanderos; y, en consecuencia, no se abría acceso ninguno a los secretos de la neurosis, sobre todo a los de la enigmática "histeria", la cual constituía el prototipo de la especie toda. Todavía cuando, en 1885, practicaba yo en la Salpetriére, pude ver que en cuanto a las parálisis histéricas, se consideraba suficiente la fórmula de que dependían de ligeros trastornos funcionales de las mismas partes del cerebro, cuya grave lesión provocaba la parálisis orgánica correspondiente.

Bajo la falta de comprensión padecía, naturalmente, también la terapia de estos estados patológicos. Consistía en medidas de carácter general, en la prescripción de medicamentos y en tentativas—inadecuadas en su mayoría—de influenciación psíquica, tales como intimidaciones, burlas y reprimendas. Como terapia específica de los estados nerviosos se aconsejaba la electricidad, pero el médico que se decidía a apli-

carla, siguiendo los minuciosos preceptos de W. Erb, hallaba pronto ocasión de asombro ante el lugar que también en la ciencia pretensamente exacta ocupaba la fantasía. El viraje decisivo se inició cuando, entre el año ochenta y el noventa, demandaron de nuevo un acceso en la ciencia médica los fenómenos del hipnotismo, merced, esta vez, a los trabajos de Liébault, Bernheim, Herdenhain y Forel, y con mayor éxito que nunca hasta entonces. Lo importante fué el reconocimiento de la autenticidad de tales fenómenos. Una vez dado este paso, se imponía extraer del hipnotismo dos enseñanzas fundamentales e inolvidables. En primer lugar, se llegó a la convicción de que ciertas singulares alteraciones somáticas no eran sino el resultado de ciertas influencias psíquicas, activadas en el caso correspondiente. Y en segundo, la conducta de los pacientes, después de la hipnosis, producía la clara impresión de la existencia de procesos anímicos que sólo "inconscientes" podían ser. Lo "inconsciente" era ya, tiempo atrás, como concepto teórico, objeto de discusión entre los filósofos, pero en los fenómenos del hipnotismo se hizo, por vez primera, corpóreo, tangible y objeto de experimentación. A ello se añadió que los fenómenos hipnóticos mostraban una innegable analogía con las manifestaciones de algunas neurosis.

Nunca se ponderará bastante la importancia del hipnotismo para la historia de la génesis de la psicoanálisis. Tanto en sentido teórico como terapéutico, la psicoanálisis administra una herencia que el hipnotismo la transmitió.

La hipnosis demostró ser también un valioso medio auxiliar para el estudio de las neurosis y, sobre todo, nuevamente, de la histeria. Causaron gran impresión los experimentos de Charcot, el cual había supuesto que ciertas parálisis surgidas después de un trauma (accidente) eran de naturaleza histérica y, fundándose en tal hipótesis, logró provocar artificialmente parálisis de idéntico carácter por medio de la sugestión de un trauma durante la hipnosis. Desde entonces se mantuvo la esperanza de que en la génesis de los síntomas histéricos podían participar, generalmente, influencias traumáticas. Charcot mismo no persiguió más allá la comprensión psicológica de la neurosis histérica, pero su discípulo P. Janet reanudó tales estudios y pudo mostrar, con ayuda del hipnotismo, que las manifestaciones patológicas de la histeria dependían estrictamente de ciertas ideas inconscientes (ideas fijas). Janet caracterizó la histeria por una supuesta incapacidad constitucional de mantener en cohesión los procesos psíquicos, de la cual resultaba una disociación de la vida anímica.

Pero la psicoanálisis no se enlazó en modo alguno a estas investigaciones de Janet. Tuvo su punto de partida en la experiencia de un médico vienés, el doctor José Breuer, que, libre de toda influencia ajena, logró, alrededor de 1881, estudiar y restablecer, con ayuda del hipnotismo, a una muchacha enferma de histeria. Los resultados obtenidos por Breuer no fueron dados a la publicidad sino quince años más tarde, después de haber admitido como colaborador al que esto escribe. El caso por él tratado ha conservado hasta el día su significación única para nuestra comprensión de las neurosis, siendo, así, inevitable su exposición detallada. Es necesario aprehender claramente en qué hubo de consistir la singularidad del mismo. La sujeto había enfermado a consecuencia de los desvelos impuestos por la asistencia a su padre, al que amaba tiernamente, durante una larga y penosa dolencia. Breuer pudo demostrar que todos los síntomas de la muchacha se referían a dicha asistencia y hallaban en ella su explicación. Se había logrado, pues, por vez primera, hacer plenamente transparente un caso de tan enigmática neurosis, y todos los fenómenos patológicos habían demostrado poseer un sentido. Era, además, un carácter general de los síntomas, el de haber nacido en situaciones que integraban un impulso

a una acción, la cual no había sido, sin embargo, llevada a cabo, sino omitida por motivos de otro orden. En lugar de estas acciones omitidas, habían surgido los síntomas. Tales circunstancias indicaban como etiología de los síntomas histéricos la efectividad y el dinamismo de las fuerzas psíquicas, y estos dos puntos de vista siguen hasta hoy en pie.

Breuer equiparó los motivos de la génesis de los síntomas a los traumas de Charcot. Ahora bien; se daba el caso singular de que tales motivos traumáticos y todos los impulsos anímicos a ellos enlazados quedaban perdidos para la memoria del paciente, como si jamás hubieran sucedido, mientras que sus efectos, o sea los síntomas, perduraban inmodificables, como si para ellos no existiese el desgaste por el tiempo. Quedaba así descubierta una prueba más de la existencia de procesos anímicos inconscientes, pero por ello mismo singularmente poderosos, tales como los primeramente observados en las sugestiones posthipnóticas. La terapia empleada por Breuer consistía en llevar al paciente, por medio del hipnotismo, a recordar los traumas olvidados y reaccionar a ellos con intensas manifestaciones de afecto. Conseguido así, desaparecía el síntoma nacido en lugar de una tal manifestación afectiva. Así, pues, el mismo procedimiento

servía simultáneamente para la investigación y la supresión de la enfermedad, y también esta unión inhabitual ha sido mantenida luego por la psicoanálisis.

Una vez que el autor de estas líneas hubo confirmado, en los primeros años de la última década del siglo XIX, la exactitud de los resultados de Breuer, ambos, Breuer y él, decidieron dar a la estampa una publicación que integrase sus experiencias y la tentativa de una teoría en ellas fundadas. (Estudios sobre la histeria, 1895) Esta teoría afirmaba que el síntoma histérico nacía cuando el afecto de un proceso anímico intensamente afectivo era desviado de la elaboración consciente normal y encaminado así por una ruta indebida. En el caso de la histeria, dicho afecto se resolvía en inervaciones somáticas inhabituales (conversión), pero podía ser dirigido en otro sentido y descargado por medio de la reviviscencia del suceso correspondiente durante la hipnosis (derivación por reacción). A este procedimiento le dimos el nombre de *catarsis* (limpieza, liberación del afecto represado).

El método catártico es el antecedente inmediato de la psicoanálisis, y a pesar de todas las ampliaciones de la experiencia y de todas las mo-

dificaciones de la teoría, continúa hallándose contenido en ella como nódulo central. Pero no era más que un nuevo camino para la influenciación médica de ciertas enfermedades nerviosas, y nada hacía sospechar que pudiera llegar a ser objeto del interés general y de violenta oposición.

II

Poco después de la publicación de los "Estudios sobre la histeria", terminó mi colaboración con Breuer. Breuer, cuya orientación profesional era propiamente la Medicina general, dejó el tratamiento de enfermos nerviosos, dedicándome yo entonces a perfeccionar el instrumento que mi colega me abandonaba. Las innovaciones técnicas por mí introducidas y mis descubrimientos hicieron, del procedimiento catártico, la psicoanálisis. El paso más decisivo fué la renuncia al hipnotismo, como medio auxiliar. Dos fueron los motivos que a ella me llevaron. En primer lugar, porque no obstante haber asistido durante un curso completo a la clínica de Bernheim, en Nancy, eran muchos los pacientes a los que no conseguía hipnotizar. Y en segundo, porque los resultados terapéuticos de la catarsis, basada en el hipnotismo, no acababan de satisfacerme. Tales resultados eran, desde luego, patentes y apa-

recían al poco tiempo de iniciar el tratamiento, pero demostraron también ser poco duraderos y demasiado dependientes de la relación personal del médico con el paciente. La supresión de la hipnosis significó una ruptura con la evolución del procedimiento hasta entonces y un nuevo comienzo.

Ahora bien: el hipnotismo había servido para llevar a la memoria consciente del sujeto los datos por él olvidados. Tenía, pues, que ser substituído por otra técnica. En esta necesidad comencé a poner en práctica el método de la *asociación libre* consistente en comprometer al sujeto a prescindir de toda reflexión consciente y abandonarse, en un estado de serena concentración, al curso de sus ocurrencias espontáneas (involuntarias). Tales ocurrencias las debía comunicar al médico aun cuando en su fuero interno surgieran objeciones de peso contra tal comunicación; por ejemplo, las de tratarse de algo desagradable, disparatado, nimio o impertinente. La elección de la asociación libre como medio auxiliar para la investigación de lo consciente olvidado, parece tan extraña, que no estará de más justificarla expresamente. En tal elección hubo de guiarme la esperanza de que la llamada asociación libre no tuviera, en realidad, nada de libre, por cuanto una vez sojuzgados todos los propósitos men-

tales, habría de surgir una determinación de las ocurrencias por el material inconsciente. Tal esperanza ha sido justificada por los hechos. Persiguiendo, así, la asociación libre dentro de la observancia de la "regla analítica fundamental" antes expuesta, se obtenía un rico material de ocurrencias que podía ponernos sobre la pista de lo olvidado por el enfermo. Dicho material no aportaba los elementos olvidados mismos, pero sí tan claras y abundantes alusiones a ellos, que el médico podía ya adivinarlos (reconstruírlos) con el auxilio de ciertos complementos y determinadas interpretaciones. Así, pues, la libre asociación y el arte interpretativo lograban el mismo resultado que antes el hipnotismo.

Aparentemente, nuestra labor quedaba así extraordinariamente dificultada y complicada; pero, en cambio, lográbamos una ventaja inestimable: la de un atisbo en un dinamismo que el estado de hipnosis encubría antes al observador. Descubríamos, en efecto, que la labor de patentizar los elementos patógenos olvidados, tenía que pugnar contra una resistencia constante y muy intensa. Ya las objeciones críticas con las que el paciente había querido excluir de la comunicación las ocurrencias en él emergentes y contra las cuales objeciones se dirigía la regla psicoanalítica fundamental, eran manifestaciones de

tal resistencia. Del estudio de los fenómenos de la resistencia, resultó uno de los pilares maestros de la teoría psicoanalítica de las neurosis: la teoría de la *represión*. No era difícil suponer que las mismas fuerzas que ahora se oponían a que el material patógeno se hiciera consciente habían exteriorizado en su día, con pleno éxito, igual tendencia. De este modo, quedaba ya cegada una laguna en la etiología de los síntomas neuróticos. Las impresiones y los impulsos anímicos, de los que ahora eran sustitución los síntomas, no habían sido olvidados sin fundamento alguno o, según la tesis de Janet, a consecuencia de una incapacidad constitucional para la síntesis, sino que habían sufrido, por la influencia de otras fuerzas anímicas, una represión, cuyo resultado y cuya señal eran precisamente su apartamiento de la conciencia y su exclusión de la memoria. Sólo a consecuencia de esta represión se habían hecho patógenos, esto es, se habían creado, por caminos inhabituales, una expresión como síntomas.

Como motivo de la represión, y con ello como causa de toda enfermedad neurótica, habíamos de considerar el conflicto entre dos grupos de tendencias anímicas. Y entonces, la experiencia nos enseñó algo tan nuevo como sorprendente sobre la naturaleza de las fuerzas en pugna.

La represión partía, regularmente, de la personalidad consciente (el yo) del enfermo y dependía de motivos éticos y estéticos; a la represión sucumbían impulsos de egoísmo y crueldad, que, en general, podemos considerar malos, pero sobre todo, impulsos optativos sexuales, muchas veces de naturaleza repulsiva e ilícita. Así, pues, los síntomas patológicos eran un sustitutivo de satisfacciones prohibidas, y la enfermedad parecía corresponder a una doma incompleta de lo inmoral que el hombre integra.

El progreso de nuestros conocimientos nos reveló cada vez más claramente, qué magno papel desempeñan en la vida anímica los impulsos optativos sexuales y nos procuró ocasión de estudiar penetrantemente la naturaleza y la evolución del instinto sexual. ("Tres aportaciones a una teoría sexual", 1905). Pero llegamos también a otro distinto resultado, puramente empírico, al descubrir que las vivencias y los conflictos de los primeros años infantiles desempeñan un papel insospechadamente importante en la evolución del individuo y dejan tras sí disposiciones imborrables, para la edad adulta. De este modo, llegamos a descubrir algo que hasta entonces había sido totalmente inadvertido por la ciencia, la *sexualidad infantil,* la cual se ma-

nifiesta, desde la más tierna edad, tanto en reacciones somáticas como en actitudes anímicas. Para armonizar esta sexualidad infantil con la llamada normal del adulto y con la vida sexual anormal de los perversos, hubo necesidad de hacer experimentar al concepto mismo de lo sexual una ampliación que pudo ser justificada por la historia de la evolución del instinto sexual.

A partir de la sustitución del hipnotismo por la técnica de la asociación libre, el procedimiento catártico de Breuer quedó transformado en la psicoanálisis, la cual yo solo practiqué y desarrollé durante más de un decenio. La psicoanálisis fué adueñándose paulatinamente, en este intervalo, de una teoría que parecía procurar información suficiente sobre la génesis, el sentido y la intención de los síntomas neuróticos y un fundamento racional para el esfuerzo médico encaminado a la supresión de la enfermedad. Reuniré de nuevo los factores que constituyen el contenido de tal teoría. Tales factores son: la acentuación de la vida instintiva (afectividad), del dinamismo anímico y de la plenitud de sentido y determinación incluso de los fenómenos psíquicos aparentemente más obscuros y arbitrarios, la doctrina del conflicto psíquico y de la naturaleza patógena de la represión, la concepción de los síntomas patológicos como satisfacciones sus-

titutivas, y el descubrimiento de la significación etiológica de la vida sexual y muy especialmente de los brotes infantiles de la misma. En sentido filosófico, esta teoría tuvo que adoptar el punto de vista de que lo psíquico no coincide con lo consciente, y que los procesos psíquicos son, en sí, inconscientes y sólo por la función de ciertos órganos (instancias, sistemas) son hechos conscientes. Como complemento de esta enumeración, añadiré que entre las actitudes afectivas de la infancia resaltaba la complicada relación afectiva del sujeto infantil con sus padres, el llamado *complejo de Edipo,* en el cual se descubría, cada vez más patentemente, el nódulo de todo caso de neurosis, y que en la conducta del analizado con respecto al médico se singularizaban ciertos fenómenos de *transferencia afectiva* que adquirieron tanta importancia para la teoría como para la técnica.

La teoría psicoanalítica de las neurosis contenía ya en esta estructura muchos elementos opuestos a opiniones e inclinaciones dominantes y que hubieron de despertar, en los sectores lejanos al nuestro, extrañeza, disgusto e incredulidad. Tales fueron nuestra actitud ante el problema de lo inconsciente, el reconocimiento de la

sexualidad infantil y la acentuación del factor sexual en la vida anímica en general; pero aun habían de añadirse a ellos otros más.

III

Para medio comprender cómo, en una muchacha histérica, un deseo sexual prohibido podía transformarse en un síntoma doloroso, habíamos tenido que construir penetrantes y complicadas hipótesis sobre la estructura y la función del aparato anímico. Lo cual constituía una franca contradicción entre el esfuerzo y el resultado. Si las circunstancias afirmadas por la psicoanálisis existían realmente, habían de ser de naturaleza fundamental y tenían que poderse manifestar también en fenómenos distintos de los histéricos. Pero si así sucedía en efecto, la psicoanálisis cesaba ya de interesar exclusivamente a los neurólogos y podía aspirar a la atención de todos aquellos para quienes supusiera algo la investigación psicológica. Sus resultados no atañían ya tan sólo al sector de la vida anímica patológica, sino también al de la función normal, para cuya comprensión habían de ser imprescindibles.

La prueba de su utilidad para la explicación de la actividad psíquica no patológica la consiguió muy pronto la psicoanálisis con su aplica-

ción a dos órdenes de fenómenos: a los frecuentísimos y cotidianos *actos fallidos,* tales como los olvidos y las equivocaciones orales y escritas, etc., y a los *sueños* de los hombres sanos y psíquicamente normales. Los pequeños actos fallidos, como el olvido temporal de nombres propios archiconocidos por el sujeto, las equivocaciones orales y escritas y otros análogos, no habían sido objeto hasta entonces de explicación ninguna o eran simplemente atribuídos a estados de fatiga o desviación de la atención. En nuestra "Psicopatología de la vida cotidiana" (1901-1904) demostramos nosotros, con múltiples ejemplos, que tales sucesos tenían un sentido y nacían a consecuencia de la perturbación de una intención consciente por otra, retenida y a veces directamente inconsciente. Casi siempre basta una rápida reflexión o un breve análisis para descubrir la influencia perturbadora. Dada la frecuencia de estos actos fallidos, tales como las equivocaciones orales, cualquiera püede extraer de sí propio la convicción de la existencia de procesos anímicos que, no siendo conscientes, son, sin embargo, eficaces y se procuran una exteriorización por lo menos como inhibiciones y modificaciones de otros actos intencionales.

Más allá nos condujo aún el análisis de los sueños, cuyos resultados publicamos en nuestra "Interpretación de los sueños", aparecida en 1900. De este análisis resultaba que el sueño compartía la estructura de los síntomas neuróticos. Puede aparecer, como éstos, extraño y falto de sentido; pero si lo investigamos con auxilio de una cierta técnica, muy semejante a la de la asociación libre usada en psicoanálisis, llegamos, desde su *contenido manifiesto,* a un sentido secreto del sueño, o sea a las *ideas latentes* del mismo. Este sentido latente es siempre un impulso optativo, que es representado como cumplido en el presente. Pero, salvo en los niños pequeños o bajo la presión de necesidades somáticas imperativas, este deseo secreto no puede ser jamás expresado en forma reconocible. Tiene que someterse antes a una *deformación* que es obra de fuerzas restrictivas y censoras dadas en el yo del sujeto. De este modo nace el sueño manifiesto, tal como es recordado al despertar, deformado, hasta resultar irreconocible, por las conversiones a la censura onírica, pero que el análisis puede desenmascarar y revelar como expresión de una satisfacción o del cumplimiento de un deseo, como una transacción entre dos grupos de tendencias anímicas en pugna, idénticamente a como

descubrimos que sucedía en el síntoma histérico. La fórmula según la cual el sueño es una satisfacción (disfrazada) de un deseo (reprimido) es la que mejor y más fundamentalmente define la esencia del sueño. El estudio de aquel proceso que transforma el deseo onírico latente en el contenido manifiesto del sueño (la elaboración onírica) nos ha procurado lo mejor que sobre la vida anímica inconsciente sabemos.

Ahora bien: el sueño no es un síntoma patológico, sino una función de la vida psíquica normal. Los deseos cuyo cumplimiento presenta son los mismos que en la neurosis sucumben a la represión. El sueño debe la posibilidad de su génesis simplemente a la circunstancia favorable de que durante el estado de reposo, que paraliza la motilidad del hombre, la represión se debilita, convirtiéndose en la censura onírica. Pero cuando la formación del sueño traspasa ciertas fronteras, el sujeto le pone fin y despierta sobresaltado. Se demuestra, pues, que en la vida psíquica normal existen las mismas fuerzas, y las mismas relaciones entre ellas, que en la patológica. A partir de la interpretación de los sueños, reunió la psicoanálisis una doble significación: no era ya sólo una nueva terapia de la neurosis, sino también una nueva psicología; aspiraba a ser

tenida en cuenta, no sólo por los neurólogos, sino por todos los hombres consagrados a las ciencias del espíritu.

Pero la acogida que encontró en el mundo científico no fué nada amistosa. Durante cerca de diez años, nadie se ocupó de mis trabajos. Hacia 1907, un grupo de psiquiatras suizos (Bleuler y Jung, de Zurich), orientó la atención hacia la psicoanálisis y, en el acto, estalló, en Alemania sobre todo, una tempestad de indignación que, por cierto, no seleccionó en modo alguno sus medios y argumentos. La psicoanálisis compartió así el destino de tantas otras novedades que luego, al cabo de cierto tiempo, han encontrado aceptación general. De todos modos, correspondía a su esencia despertar contradicción intensísima. Hería los prejuicios de la humanidad civilizada en varios puntos, particularmente sensibles, sometía en cierto modo a todos los hombres a la reacción analítica, descubriendo lo que un convenio general había reprimido y rechazado a lo inconsciente, y obligaba así a nuestros contemporáneos a conducirse como enfermos, los cuales manifiestan especialmente, en el curso del tratamiento analítico, todas sus resistencias. Pero también es fuerza reconocer que no era fácil adquirir la convicción de la exactitud de las doc-

trinas analíticas ni ser iniciado en el ejercicio del análisis.

Sin embargo, la hostilidad general no pudo impedir que, en el curso de los diez años siguientes, la psicoanálisis se extendiera sin tregua en dos sentidos: sobre el mapa, siendo cada vez más las naciones en las que emergía el interés por la psicoanálisis, y en el terreno de las ciencias del espíritu, hallando aplicación a nuevas disciplinas. En 1909, G. Stanley Hall, director de la Clark University de Worcester (Massachusetts, Estados Unidos), nos invitó, a Jung y a mí, a dar en dicho Centro una serie de conferencias sobre psicoanálisis, las cuales fueron amablemente acogidas. Desde entonces, la psicoanálisis se ha hecho popular en Norteamérica, aunque precisamente en tal país se encubra con su nombre algún abuso. Ya en 1911 pudo comprobar Havelock Ellis que la psicoanálisis era practicada, no sólo en Austria y Suiza, sino también en los Estados Unidos, Inglaterra, India, Canadá y Australia.

En este período de lucha y primera floración, nacieron también los órganos literarios consagrados exclusivamente a la psicoanálisis. Tales fueron el "Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen", editado por Bleuler y por mí y dirigido por Jung (1909-

1914), que cesó de publicarse al estallar la guerra; la "Zentralblatt für Psychoanalyse" (1911), redactada por Adler y Stekel, que se convirtió luego en la "Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse" (1913) y cuya publicación continúa regularmente, y la revista "Imago" fundada en 1912 por Rank y Sachs y dedicada a la aplicación de la psicoanálisis a las ciencias del espíritu. El interés de los médicos angloamericanos, se manifestó en 1913 con la fundación, por White y Jellife, de la "Psychoanalytic Review", subsistente aún. Más tarde, en 1920, nació el "International Journal of Psycho-Analysis", redactado por E. Jones y dedicado especialmente a Inglaterra. La editorial "Internationaler Psychoanalytischer Verlag" y su rama inglesa (la I. PsA Press) lanzan una serie continua de publicaciones. Naturalmente, la literatura psicoanalítica no ha de buscarse exclusivamente en estas publicaciones periódicas, sostenidas en su mayoría por sociedades psicoanalíticas, sino también en una multitud de lugares dispersos y tanto en producciones científicas como literarias. Entre las revistas de lengua románica que dedican especial atención a la psicoanálisis, debemos mencionar la "Revista de Psiquiatría', dirigida por H. Delgado, de Lima (Perú).

La diferencia esencial entre esta década de la psicoanálisis y la anterior consistió en no ser ya yo su único representante. En torno mío iba formándose un círculo de discípulos y adeptos, cada vez más nutrido, cuya labor se dedicó primero a la difusión de las teorías psicoanalíticas y las continuó, completó y profundizó luego. Varios de estos adeptos se separaron, después, de nosotros, como era inevitable, en el transcurso de los años, tomando caminos propios o pasándose a una oposición que parecía amenazar la continuidad de la evolución de la psicoanálisis. Entre 1911 y 1913 fueron C. G. Jung, en Zurich, y Adler, en Viena, los que, con sus tentativas de interpretación particular de los hechos analíticos y sus tendencias a la desviación de los puntos de vista del análisis, provocaron una cierta conmoción, pero no tardó en demostrarse que tales secesiones no habían causado daños duraderos. Su éxito pasajero se explicaba fácilmente por la disposición de la masa a dejarse libertar del peso de las exigencias psicoanalíticas, cualquiera que fuese el camino que para ello se la ofreciera. La mayoría de mis colaboradores se mantuvo firme y prosiguió la labor siguiendo las líneas directivas marcadas. En la siguiente exposición, muy abreviada, de los resultados de la psicoanálisis en los diversos sectores de su apli-

cación, encontraremos repetidamente sus nombres.

IV

La ruidosa repulsa que la psicoanálisis sufrió por parte del mundo médico, no ha sido bastante para impedir a sus adeptos desarrollarla ante todo, conforme a su propósito inicial, en una *patología* especial y una especial *terapia de las neurosis*, labor aún no totalmente acabada hoy. Los innegables éxitos terapéuticos, que rebasaban considerablemente lo hasta entonces logrado, estimulaban a nuevos esfuerzos, y las dificultades que surgían al penetrar más profundamente en la materia motivaron hondas modificaciones de la técnica analítica e importantes modificaciones de las hipótesis de la teoría.

En el curso de esta evolución, la técnica de la psicoanálisis se ha hecho tan determinada y tan ardua como la de cualquier otra especialidad médica. Por desconocimiento de este hecho se peca gravemente, en Inglaterra y Norteamérica sobre todo, por cuanto personas que han adquirido por medio de la lectura un mero conocimiento literario de la psicoanálisis, se creen ya capacitadas para emprender tratamientos analíticos sin someterse antes a una iniciación prác-

tica suficiente. Los resultados de una tal conducta son nefastos, tanto para la ciencia como para los pacientes, y han contribuído mucho al descrédito de la psicoanálisis. La fundación de la primera policlínica psicoanalítica (por el doctor M. Eitingon, de Berlín, en 1920), ha constituído así un paso de alta importancia práctica. Esta institución se esfuerza, por un lado, en hacer accesible la terapia analítica a sectores más amplios y, por otro, se encarga de iniciar a los médicos en la práctica del análisis mediante un curso preparatorio que integra la condición de que el candidato se someta por sí mismo a una psicoanálisis.

Entre los conceptos auxiliares que hacen posible al médico el dominio del material analítico, hemos de mencionar, en primer término, el de la "libido". Libido significa en psicoanálisis primeramente la energía (concebida como cuantitativamente variable y mensurable) de los instintos sexuales orientados hacia el objeto(en el sentido ampliado por la teoría analítica), del estudio subsiguiente resultó la necesidad de yuxtaponer a esta *"libido de objeto"* una *"libido narcisista o libido del yo"* y los efectos recíprocos de estas dos fuerzas han permitido explicar multitud de procesos de la vida psíquica, tanto normales como patológicos. No tardó en estable-

cer la diferenciación general entre las llamadas *"neurosis de transferencia"* y las afecciones narcisistas, siendo las primeras (histeria y neurosis obsesiva) los objetos propiamente dichos de la terapia psicoanalítica, mientras que las otras, las neurosis narcisistas, aunque permiten la investigación con ayuda del análisis, oponen dificultades fundamentales a una influenciación terapéutica. Es cierto que la teoría psicoanalítica de la libido no está aún acabada ni aclarada aún su relación con una teoría general de los instintos—la psicoanálisis es una ciencia muy joven, incompleta, en vías de rápida evolución, —pero sí podemos acentuar ya desde luego, cuán erróneo es el reproche de pansexualismo que tan frecuentemente le es opuesto. Tal reproche pretende que la teoría psicoanalítica no conoce energías instintivas psíquicas distintas de las sexuales, y utiliza así, en su beneficio, prejuicios comunes, empleando el término "sexual" no en su sentido analítico, sino en un sentido vulgar.

La concepción psicoanalítica tuvo que contar entre las afecciones narcisistas también aquellas dolencias que la psiquiatría llama "psicosis funcionales". No cabía duda de que las neurosis y las psicosis no estaban separadas por límites precisos, como tampoco la salud y la neurosis,

y era inmediato aplicar a la explicación de los tan enigmáticos fenómenos psicóticos los conocimientos adquiridos en el estudio de las neurosis, igualmente impenetrables hasta entonces. Ya en mi período de aislamiento había yo conseguido hacer comprensible, por medio de la investigación psicoanalítica, un caso de paranoia, y demostrar en dicha inequívoca psicosis los mismos contenidos (complejos) que en las neurosis simples y un dinamismo análogo. E. Bleuler ha perseguido en un gran número de psicosis los indicios de aquello que califica de "mecanismos freudianos", y C. G. Jung conquistó, de una vez, gran consideración como analítico, cuando, en 1901, explicó los enigmáticos síntomas emergentes en los desenlaces de la *dementia praecox* por la historia individual de tales enfermos. El amplio estudio de la esquizofrenia, que Bleuler llevó a cabo (1911) ha mostrado, de un modo probablemente definitivo, la exactitud de los puntos de vista psicoanalíticos para la concepción de estas psicosis.

De este modo, ha sido y sigue siendo la psiquiatría el primer sector de aplicación de la psicoanálisis. Los mismos investigadores que más han laborado para profundizar el conocimiento analítico de las neurosis—K. Abraham, de Berlín y S. Ferenczi, de Budapest, para no citar

sino los más sobresalientes—han sido también los que más han contribuído a la aclaración analítica de las psicosis. La convicción de la unidad y homogeneidad de todas las perturbaciones que se nos muestran como fenómenos neuróticos y psicóticos va imponiéndose cada vez más, a pesar de la resistencia de los psiquiatras. Se empieza a comprender—en América, mejor quizá que en ningún otro lado—que sólo el estudio psicoanalítico de las neurosis puede procurar la preparación necesaria para una comprensión de la psicosis, y que la psicoanálisis está llamada a hacer posible en el porvenir una psiquiatría científica que no necesitará ya contentarse con la descripción de singulares cuadros de estados y trayectorias incomprensibles y con la persecución de la influencia de traumas meramente anatómicos y tóxicos sobre el aparato anímico, inaccesible a nuestro conocimiento.

V

Pero, con sólo su significación para la psiquiatría, la psicoanálisis no hubiera atraído jamás la atención del mundo intelectual, ni conquistado un puesto en *the History of our times*. Esta acción partió de la relación de la psicoanálisis con la vida anímica normal, no con la pato-

lógica. Originalmente, la investigación analítica se proponía tan sólo fundamentar la génesis de algunos estados psíquicos patológicos; pero, en esta labor, llegó a descubrir relaciones de importancia fundamental y a crear una nueva psicología, teniendo, por lo tanto, que decirse que la validez de tales descubrimientos no podía limitarse al terreno de la patología. Sabemos ya cuándo fué conseguida la demostración definitiva de la exactitud de esta conclusión. Fué cuando la técnica analítica logró la interpretación de los sueños, los cuales pertenecen a la vida psíquica de los normales y constituyen, sin embargo, productos propiamente patológicos, que pueden nacer regularmente bajo las condiciones de la salud.

Si se mantenían los atisbos psicológicos conquistados por medio del estudio de los sueños, no quedaba ya más que un paso para proclamar a la psicoanálisis como doctrina de los procesos psíquicos más profundos, no accesibles directamente a la conciencia, como "psicología abisal", y poderla aplicar a casi todas las conciencias del espíritu. Tal paso consistió en la transición desde la actividad psíquica del individuo a las funciones psíquicas de comunidades humanas y pueblos, esto es, desde la psicología individual a la psicología colectiva, y había mu-

chas sorprendentes analogías que aconsejaban darlo. Así, se había averiguado que en los estratos profundos de la actividad mental inconsciente, los elementos antitéticos no se diferencian unos de otros sino que son expresados por un mismo elemento. El filósofo K. Abel, había sentado ya en 1884 la afirmación de que los idiomas más antiguos que conocemos trataban del mismo modo las antítesis. El antiguo egipcio, por ejemplo, no tenía al principio más que una palabra para "fuerte" y "débil", y sólo más tarde diferenció los dos términos antitéticos por medio de ligeras modificaciones. Todavía en los idiomas modernos es posible hallar claros residuos de tal sentido contradictorio. Así, la palabra alemana "Boden" significa tanto la parte más alta como la más baja de la casa; y en latín, "altus" es tan alto como profundo. Vemos, pues, que la equiparación de lo antitético en el sueño es un rasgo arcaico general del pensamiento humano.

Consideremos otro ejemplo perteneciente a un distinto sector: es imposible substraerse a la impresión de coincidencia que descubrimos entre los actos obsesivos de algunos enfermos y las prácticas de los creyentes del mundo entero. Algunos casos de neurosis obsesiva parecen manifestaciones de una religión privada y caricatural, de ma-

nera que podemos comparar las religiones oficiales con una neurosis obsesiva mitigada por su generalidad. Esta comparación, altamente indignante, desde luego, para todos los creyentes, ha sido muy fructífera desde el punto de vista psicológico. Pues en cuanto a la neurosis obsesiva, la psicoanálisis ha descubierto pronto qué fuerzas pugnan entre sí hasta que sus conflictos llegan a crearse una expresión singular en el ceremonial de los actos obsesivos. Nada semejante había sido sospechado del ceremonial religioso, hasta que, con la referencia del sentimiento religioso a la relación con el padre, como su más profunda raíz, se consiguió señalar también en este sector análoga situación dinámica. Este ejemplo puede también advertir al lector, que la aplicación de la psicoanálisis a sectores no médicos no puede tampoco por menos de herir prejuicios muy estimados, rozar susceptibilidades de muy hondo arraigo y despertar así hostilidades que tienen una base esencialmente afectiva.

Si podemos aceptar como generalmente dadas las relaciones más generales de la vida anímica inconsciente (los conflictos de los impulsos instintivos, las represiones y las satisfacciones sustitutivas) y si hay una psicología abisal que conduzca al conocimiento de tales relaciones, es de esperar que la aplicación de la psicoanálisis

a los más diversos sectores de la actividad intelectual humana consiga por doquiera resultados importantísimos e inalcanzables hasta ahora. En un estudio muy rico en contenido, Otto Rank y H. Sachs, se han esforzado en determinar en qué medida ha cumplido tales esperanzas la labor de los psicoanalíticos hasta 1915. La falta de espacio me impide intentar aquí un complemento de dicha enumeración. Sólo puedo hacer resaltar el resultado más importante y exponer, con ocasión del mismo, algunos detalles.

Si prescindimos de los impulsos internos poco conocidos, podemos decir que el motor capital de la evolución cultural del hombre ha sido la necesidad real exterior, que le negaba la satisfacción cómoda de sus necesidades naturales y le abandonaba a magnos peligros. Esta negación exterior le obligó a la lucha con la realidad, lucha cuyo desenlace fué en parte una adaptación y en parte un dominio de la misma, pero también la colaboración y la convivencia con sus semejantes, a lo cual se enlazó ya una renuncia a varios impulsos instintivos que no podían ser satisfechos socialmente. Con los progresos siguientes de la cultura, crecieron también las exigencias de la represión. La civilización se basa, en general, en la renuncia de los instintos, y cada individuo tiene que repetir personalmente, en

su camino desde la infancia a la madurez, esta evolución de la Humanidad hasta la resignación razonable. La psicoanálisis ha mostrado que son, predominantemente, si no exclusivamente, impulsos instintivos sexuales, los que sucumben a esta represión cultural. Parte de ellos integra la valiosa cualidad de poder ser desviados de sus fines más próximos y ofrecer así su energía, como tendencias "sublimadas", a la evolución cultural. Pero otra parte pervive en lo inconsciente en calidad de impulsos optativos insatisfechos y tiende a lograr una satisfacción cualquiera, aunque sea deformada.

Hemos visto que un trozo de la actividad mental humana está dedicada al dominio del mundo exterior real. A esto añade la psicoanálisis que otra parte, singularmente estimada, de la creación psíquica se halla consagrada al cumplimiento de deseos, a la satisfacción sustitutiva de aquellos deseos reprimidos que desde los años infantiles viven insatisfechos en el alma de cada cual. A estas creaciones, cuya conexión con un inconsciente inaprehensible fué siempre sospechada, pertenecen a los mitos, la poesía y el arte, y la labor de los psicoanalíticos ha arrojado realmente viva luz sobre los dominios de la mitología, la literatura y la psicología del artista.

Tal ha sido principalmente la obra meritoria de Otto Rank. Se ha mostrado que los mitos y las fábulas son, como los sueños, susceptibles de interpretación, se han seguido los intrincados caminos que conducen desde el impulso del deseo inconsciente hasta la realización en la obra de arte, se ha aprendido a comprender la acción afectiva de la obra de arte sobre el sujeto receptor, se ha explicado la afinidad interior del artista con el neurótico, y sus diferencias, y se ha indicado la relación entre su disposición, sus vivencias casuales y su obra. La valoración de las dotes artísticas de la obra de arte y la explicación de las dotes artísticas, son problemas ajenos a la psicoanálisis. Mas parece que la psicoanálisis está en situación de decir la palabra decisiva en todos los problemas relativos a la vida imaginativa del hombre.

Pero además, la psicoanálisis nos ha descubierto, para nuestro asombro, cuán ingente papel desempeña en la vida anímica del hombre, el llamado complejo de Edipo, esto es, la relación afectiva del niño con sus padres. Tal asombro se mitiga cuando averiguamos que el complejo de Edipo es la correlación psiquica de dos hechos biológicos fundamentales, de la prolongada dependencia infantil de los hombres y de la forma singular en que su vida sexual alcanza,

entre los tres y los cinco años, una primera culminación, pasando luego por un período de latencia y renovándose al iniciarse la pubertad. Ulteriormente, se nos reveló que un tercer trozo, altamente serio, de la actividad mental humana, aquel que ha creado las magnas instituciones de la religión, el derecho, la ética y todas las formas estatales, apunta en el fondo a facilitar al individuo el vencimiento de su complejo de Edipo y a derivar su libido, desde sus vinculaciones infantiles, a las vinculaciones sociales definitivamente deseables. Las aplicaciones de la psicoanálisis a la ciencia de las religiones y a la sociología (Freud, Th. Reik y O. Pfister), que han conducido a este resultado, son aún muy jóvenes e insuficientemente estimadas, pero es indudable que estudios ulteriores ratificarán la exactitud de sus conclusiones.

Como apéndice, he de citar aún que la pedagogía no podrá omitir el aprovechamiento de las indicaciones que le suministra la investigación analítica de la vida infantil. Y que entre los terapeutas ha habido quienes han declarado que la psicoanálisis ofrece nuevas posibilidades para el tratamiento de graves dolencias orgánicas, ya que en muchas de estas afecciones colabora también un factor psíquico sobre el cual es posible lograr influjo (Grodeck, Jellife).

Podemos, pues, abrigar la esperanza de que la psicoanálisis, cuya evolución y rendimientos hasta el momento actual acabamos de exponer en breves síntesis, entrará, como un importante fermento, en la evolución cultural de los próximos decenios y ayudará a profundizar nuestra comprensión del mundo y a rechazar muchas cosas reconocidamente nocivas. Pero no debe olvidarse que por sí sola no puede procurar una imagen completa del mundo. Si se acepta la diferenciación por mí propuesta poco ha, que divide el aparato anímico en un *yo* vuelto hacia el exterior y dotado de conciencia y un *ello* inconsciente, dominado por sus necesidades instintivas, la psicoanálisis deberá ser considerada como una psicología del *ello* (y de su acción sobre el *yo*). Puede, pues, procurar, en todo sector científico, aportaciones complementarias de las de la psicología del yo. Si estas aportaciones contienen con frecuencia precisamente lo más importante de un estado de hechos, ello corresponde tan sólo a la importancia que para nuestra vida integra lo inconsciente psíquico, que tanto tiempo ha permanecido ignorado.

ENSAYOS

LOS DOS PRINCIPIOS DEL SUCEDER PSIQUICO

1911.

Hemos advertido, hace ya mucho tiempo, que toda neurosis tiene la consecuencia de apartar al enfermo de la vida real, extrañándole de la realidad. Este hecho no hubo tampoco de escapar a la observación de P. Janet, el cual nos habla de una pérdida "de la fonction du réel", como de un carácter especial de los neuróticos, aunque sin indicarnos el enlace de esta perturbación con las condiciones fundamentales de la neurosis (1).

La introducción del proceso de la represión en la génesis de la neurosis nos ha permitido llegar al conocimiento de tal enlace. El neurótico se aparta de la realidad—o de un fragmento de la misma—porque se le hace intolerable. Ciertos

(1) P. Janet, Les névroses. 1909. Bibliotheque de philosophie scientifique.

casos de psicosis alucinatoria en los cuales ha de ser negado aquel suceso que provocó la demencia (Griesinger), nos presentan el tipo extremo de este apartamiento de la realidad. Pero todo neurótico se conduce idénticamente con un fragmento de la misma. Se nos plantea, pues, la labor de investigar la trayectoria de la relación del neurótico, y en general, de todos los hombres, con la realidad, y acoger así, en el cuerpo de nuestras teorías, la significación psicológica del mundo exterior real.

En la psicología basada en la psicoanálisis nos hemos acostumbrado a tomar como punto de partida los procesos anímicos inconscientes, cuyas particularidades nos ha revelado el análisis, y en los que vemos procesos primarios, residuos de una fase evolutiva en la que eran únicos. No es difícil reconocer la tendencia a que estos procesos primarios obedecen, tendencia a la cual hemos dado el nombre de principio del placer. Tienden a la consecución de placer, y la actividad psíquica se retrae de aquellos actos susceptibles de engendrar displacer (represión). Nuestros sueños nocturnos y nuestra tendencia general a sustraernos a las impresiones penosas, son residuos del régimen de este principio y pruebas de su poder.

En la "Interpretación de los sueños", expusimos ya nuestra hipótesis de que el estado de reposo psíquico era perturbado, al principio, por las exigencias imperiosas de las necesidades internas. En estos casos, lo pensado (lo deseado) quedaba simplemente representado en una alucinación, como hoy sucede con nuestras ideas oníricas (1). La decepción ante la ausencia de la satisfacción esperada motivó luego el abandono de esta tentativa de satisfacción por medio de alucinaciones, y para sustituírla, tuvo que decidirse el aparato psíquico a representar las circunstancias reales del mundo exterior y tender a su modificación real. Con ello quedó introducido un nuevo principio de la actividad psíquica: No se representaba ya lo agradable, sino lo real, aunque fuese desagradable (2). Esta introducción del *principio de la realidad* trajo consigo consecuencias importantísimas.

---

(1) El estado de reposo puede reproducir exactamente el aspecto de la vida anímica antes del reconocimiento de la realidad, por tomar intencionadamente como premisa la negación de la misma (deseo de dormir).

(2) Intentaremos completar con algunas observaciones esta exposición esquemática: Se objetará justificadamente que una tal organización que se abandona al principio del placer y desatiende el mundo exterior, no podría conservarse el menor tiempo en vida y, por lo tanto, no habría podido constituirse. Pero el empleo de una tal ficción queda justificado con la observación de que el niño de pecho realiza, si se tienen en cuenta los cuidados maternales, muy aproximadamente, un tal sistema. Alucina, probablemente, el cumplimiento de sus necesidades internas, delata su displacer ante el incremento del estímulo, con la descarga motora del llan-

1) Ante todo, las nuevas exigencias impusieron una serie de adaptaciones del aparato psíquico, sobre las cuales no podemos dar sino ligeras indicaciones, pues nuestro conocimiento es aún, en este punto, muy incompleto e inseguro.

La mayor importancia adquirida por la realidad externa elevó también la de los órganos sensoriales vueltos hacia el mundo exterior y la de la *conciencia,* instancia enlazada a ellos, que hubo de comenzar a aprehender ahora las cualidades sensoriales y no tan sólo las de placer y displacer, únicas interesantes hasta entonces. Se constituyó una función especial—la atención—cuyo cometido consistía en tantear periódicamen-

---

to y el pataleo, y experimenta en ello la satisfacción alucinatoria. Más tarde, aprende ya a usar intencionadamente, como medio de expresión, estas manifestaciones de descarga. Como el cuidado de los niños constituye el modelo de su educación ulterior, el dominio del principio del placer no termina del todo hasta el momento en que el sujeto se desliga por completo, psíquicamente, de sus padres.— El embrión de las aves, encerrado en el huevo con su provisión de alimento y para el cual los cuidados maternales se limitan al suministro de calor, nos ofrece un acabado ejemplo de un sistema psíquico totalmente aislado de los estímulos del mundo exterior y que puede satisfacer de un modo autístico (según término de Bleuler) sus necesidades de alimento.— No consideraremos como una rectificación, sino como una ampliación de nuestro esquema, el hecho de exigir, para el sistema subsistente conforme al principio del placer, dispositivos especiales, por medio de los cuales pueda sustraerse a los estímulos de la realidad. Estos dispositivos no serían sino el factor correlativo a la "represión", que trata los estímulos displacientes internos como si fueran externos, agregándolos, por lo tanto, al mundo exterior.

te el mundo exterior, para que los datos del mismo fueran previamente conocidos en el momento de surgir una necesidad interna inaplazable. Esta actividad sale al encuentro de las impresiones sensoriales en lugar de esperar su aparición. Probablemente se estableció también, al mismo tiempo, un sistema encargado de retener los resultados de esta actividad periódica de la conciencia, una parte de lo que llamamos *memoria.*

En lugar de la represión que excluía de toda carga psíquica una parte de las representaciones emergentes, como susceptibles de engendrar displacer, surgió el *discernimiento,* instancia imparcial propuesta a decidir si una representación determinada es verdadera o falsa, esto es, si se halla o no de acuerdo con la realidad, y que lo decide por medio de su comparación con las huellas mnémicas de la realidad.

La descarga motora, que durante el régimen del principio de la realidad había servido para descargar de los incrementos de estímulo el aparato psíquico, y había cumplido esta misión por medio de inervaciones transmitidas al interior del cuerpo (mímica, expresión de los afectos), quedó encargada, ahora, de una nueva función, siendo empleada para la modificación

adecuada de la realidad y transformándose, así, en acción.

El aplazamiento, necesario ahora, de la descarga motora (de la acción), fué encomendada al proceso del *pensamiento,* surgido de la mera representación. Esta nueva instancia quedó adornada con cualidades que permitieron al aparato anímico soportar el incremento de la tensión de los estímulos durante el aplazamiento de la descarga. Mas para ello, se hacía necesaria una transformación de las cargas libremente desplazables, en cargas fijas, y esta transformación se consiguió mediante una elevación del nivel de todo el proceso de carga. El pensamiento era probablemente, en un principio, inconsciente, en cuanto iba más allá de la mera representación, y sólo con su enlace a los restos verbales recibió otras cualidades perceptibles por la conciencia.

2) La tenaz adherencia a las fuentes de placer disponibles y la dificultad de renunciar a ellas, parecen constituír una tendencia general de nuestro aparato anímico, tendencia que podríamos atribuir al principio económico del ahorro de energías. Con la instauración del principio de la realidad, quedó disociada una cierta actividad mental que permanecía libre de toda

confrontación con la realidad y sometida exclusivamente al principio del placer (1).

3) La sustitución del principio del placer por el principio de la realidad, con todas sus consecuencias psíquicas, expuesta aquí esquemáticamente en una única fórmula, no se desarrolla, en realidad, de una vez, ni tampoco simultáneamente en toda la línea, y mientras los instintos del Yo van sufriendo esta evolución, se separan de ellos los instintos sexuales. Estos instintos observan, al principio, una conducta autoerótica, encuentran su satisfacción en el cuerpo mismo del sujeto, y de este modo no llegan nunca a sufrir la privación impuesta por la instauración del principio de la realidad. Cuando, más tarde, se inicia en ellos el proceso de la elección de objeto, no tarda en quedar interrumpido por el período de latencia, que retrasa, hasta la pubertad, el desarrollo sexual. Estos dos factores, autoerotismo y período de latencia, provocan un estacionamiento del desarrollo psíquico del instinto sexual y lo retienen aún por mucho tiempo bajo el dominio del principio del placer.

(1) Como una nación cuya riqueza se basa en la explotación del suelo, pero que reserva un terreno sin cultivar, en estado natural (Yellowstonepark).

al cual no logra sustraerse nunca en muchos individuos.

A consecuencia de todo esto, se establece una relación más estrecha entre el instinto sexual y la fantasía, por un lado, y los instintos del Yo y las actividades de la conciencia, por otro. Esta relación se hace muy íntima, tanto en los individuos sanos como en los neuróticos, no obstante ser de naturaleza *secundaria,* según resulta de estas deducciones de la psicología genética. La acción continuada del autoerotismo permite que la satisfacción en objetos sexuales imaginarios, más fácil y pronta, sea mantenida en sustitución de la satisfacción en objetos reales, más trabajosa y aplazada. La represión se mantiene omnipotente en el terreno de la fantasía y consigue inhibir las representaciones, in statu nascendi, antes de que puedan ser advertidas por la conciencia, cuando su carga de energía psíquica pudiera provocar displacer. Este es el punto débil de nuestra organización psíquica y puede ser utilizado para someter de nuevo al principio del placer procesos mentales devenidos racionales ya. En consecuencia, uno de los elementos esenciales de la disposición psíquica a la neurosis es engendrado por el retraso en educar al instinto sexual en el respeto a la realidad y por las condiciones que han permitido tal retraso.

4) Así como el Yo sometido al principio del placer no puede hacer más que *desear*, laborar por la adquisición de placer y eludir el displacer, el Yo regido por el principio de la realidad no necesita hacer más que tender a lo útil y asegurarse contra todo posible daño (1). En realidad, la sustitución del principio del placer por el principio de la realidad no significa una exclusión del principio del placer, sino tan sólo un afianzamiento del mismo. Se renuncia a un placer momentáneo, de consecuencias inseguras, pero tan sólo para alcanzar, por el nuevo camino, un placer ulterior y seguro. Pero la impresión endopsíquica de esta sustitución ha sido tan poderosa, que se refleja en un mito religioso especial. La doctrina de que la renuncia—voluntaria o impuesta—a los placeres terrenales, tendrá, en el más allá, su recompensa, no es más que la proyección mítica de esta transformación psíquica. Siguiendo consecuentemente este modelo, las *religiones* han podido imponer la renuncia absoluta al placer terrenal contra la promesa de una compensación en una vida futura. Pero no han conseguido derrocar el principio del placer. El mejor medio para ello habrá de ser la *ciencia* que ofre-

(1) Bernard Shaw describe brillantemente las ventajas del principio de la realidad sobre el principio del placer, en las siguientes palabras: To be able to choose the line of greatest advantage instead of yielding in the direction of the least resistence. (Man and Superman).

ce también placer intelectual durante el trabajo y una ventaja práctica final.

5) La educación puede ser descrita como un estímulo al vencimiento del principio del placer y a la sustitución del mismo por el principio de la realidad. Tiende, por lo tanto, a procurar una ayuda al desarrollo del Yo, ofrece como prima de atracción, para conseguir este fin, el cariño de los educadores, y fracasa ante la seguridad del sujeto infantil de poseer incondicionalmente tal cariño y no poderlo perder de ningún modo.

6) El arte consigue conciliar ambos principios por un camino peculiar. El artista es, originariamente, un hombre que se aparta de la realidad porque no se resigna a aceptar la renuncia a la satisfacción de los instintos por ella exigida en primer término, y deja libres, en su fantasía, sus deseos eróticos y ambiciosos. Pero encuentra el camino de retorno, desde este mundo imaginario a la realidad, constituyendo, con sus fantasías, merced a dotes especiales, una nueva especie de realidades, admitidas por los demás hombres como valiosas imágenes de la realidad. Llega a ser así realmente, en cierto modo, el héroe, el rey, el creador o el amante que deseaba ser, sin tener que dar el enorme rodeo que supondría la modificación real del

mundo exterior, a ello conducente. Pero si lo consigue, es tan sólo porque los demás hombres entrañan igual insatisfacción ante la renuncia impuesta por la realidad y porque esta satisfacción resultante de la sustitución del principio del placer por el principio de la realidad es por sí misma una parte de la realidad.

7) En tanto que el Yo realiza su evolución desde el régimen del principio del placer al del principio de la realidad, los instintos sexuales experimentan aquellas modificaciones que los conducen desde el autoerotismo primitivo y a través de diversas fases intermedias, al amor objetivado, en servicio de la función reproductora. Si es exacto que cada uno de los grados de estas dos trayectorias evolutivas puede llegar a ser el substrato de una disposición a ulteriores afecciones neuróticas, podremos suponer que la forma de esta neurosis ulterior (la elección de neurosis) dependerá de la fase de la evolución del Yo y de la libido en la que haya tenido efecto la inhibición del desarrollo, causa de la disposición. Los caracteres temporales de los dos desarrollos, aún no estudiados, y sus posibles desplazamientos recíprocos, presentan insospechada importancia.

8) El carácter más singular de los procesos inconscientes (reprimidos), carácter al que sólo

con gran esfuerzo se acostumbra el investigador, consiste en que la realidad mental queda equiparada en ellos a la realidad exterior, y el mero deseo, al suceso que lo cumple, conforme en un todo al dominio del principio del placer. Por esto resulta tan difícil distinguir las fantasías de los recuerdos emergidos en la conciencia. Pero habremos de guardarnos muy bien de aplicar a los productos psíquicos reprimidos la valoración de la realidad y no conceder beligerancia alguna a las fantasías, en cuanto a la producción de síntomas, por no tratarse de realidades, como igualmente de buscar un origen distinto al sentimiento de culpabilidad, por no encontrar ningún delito real que lo justifique. Estamos obligados a servirnos de los valores en curso en el país que exploramos, o sea, en nuestro caso, de la *valuta neurótica.* Inténtese, por ejemplo, hallar la solución del sueño siguiente: Un individuo que había asistido a su padre durante la penosa enfermedad que le llevó a la muerte, relata que durante los meses siguientes al funesto desenlace, soñó repetidas veces que su padre se hallaba de nuevo en vida y hablaba con él como de costumbre. Pero al mismo tiempo, sentía, con dolorosa intensidad, que su padre había muerto ya, aunque él mismo no lo sabía. El único camino que puede conducirnos a la solución de este

sueño es introducir algunas agregaciones a la última frase de su relato, en la forma siguiente:... sentía, con dolorosa intensidad, que su padre había muerto ya ("como él deseaba" o "a consecuencia de su deseo"), aunque él mismo no lo sabía ("no sabía que el hijo había tenido tal deseo"). Las ideas latentes del sueño serían entonces las siguientes: Constituía para él un recuerdo doloroso haber tenido que desear que la muerte viniera a poner término a los sufrimientos de su padre y hubiera sido terrible que el enfermo se hubiese dado cuenta de ello. Se trata, pues, del conocido caso en que el sujeto se hace a sí mismo los más duros reproches, después de la pérdida de una persona querida, y el reproche retrocede, en este ejemplo, a la significación infantil del deseo de la muerte del padre.

Para disculpar los defectos del presente trabajo, más preparatorio que expositivo, no bastará, quizá, declararlos inevitables. Al referirnos a las consecuencias psíquicas de la adaptación al principio de la realidad, hemos tenido que indicar opiniones que hubiéramos preferido reservar aún por algún tiempo y cuya justificación ha de exigir considerable trabajo. Pero quiero esperar que los lectores benévolos advertirán sin dificultad, dónde comienza también en este ensayo, el régimen del principio de la realidad.

NEUROSIS Y PSICOSIS

1924.

En un trabajo publicado recientemente ("El Yo y el Ello") hemos atribuído al aparato anímico una estructura que nos permite representar, en forma sencilla y clara, toda una serie de procesos y relaciones. En otros puntos, por ejemplo, en lo que se refiere al origen y a la función del super-Yo, queda aún mucho que aclarar. Habremos de exigir ahora, que una tal hipótesis resulte también útil y provechosa en otros terrenos, aunque no sea más que para mostrarnos desde otro punto de vista lo ya conocido, agruparlo de otra manera y describirlo más convincentemente. A esta aplicación de la nueva hipótesis podría también enlazarse un provechoso retorno desde la teoría a la experiencia.

En el trabajo indicado, se describen las múltiples dependencias del Yo, su situación intermedia entre el mundo exterior y el Yo y su tendencia a servir al mismo tiempo a todos sus

amos. Relacionando estas circunstancias con otra ruta mental iniciada en un punto distinto, llegamos a una fórmula sencilla, que integra quizá la diferencia genética más importante entre la neurosis y la psicosis: *La neurosis sería el resultado de un conflicto entre el Yo y su Ello, y en cambio, la psicosis, el desenlace análogo de una tal perturbación de las relaciones entre el Yo y el mundo exterior.*

Nunca conviene confiar mucho en la solución de un problema, cuando la misma se presenta tan fácil, pero, en este caso, recordamos inmediatamente una serie de descubrimientos que parecen confirmarla. Según todos los resultados de nuestros análisis, las neurosis de transferencia nacen a consecuencia de la negativa del Yo a acoger una poderosa tendencia instintiva dominante en el Ello y procurar su descarga motora, o a dar por bueno el objeto hacia el cual aparece orientada tal tendencia. El Yo se defiende entonces de la misma por medio del mecanismo de la represión, pero lo reprimido se rebela contra este destino y se procura, por caminos sobre los cuales no ejerce el Yo poder alguno, una satisfacción sustitutiva—el síntoma— que se impone al Yo como una transacción; el Yo encuentra alterada y amenazada su unidad por tal intrusión y continúa luchando contra el

síntoma, cómo antes contra la tendencia instintiva reprimida, y de todo esto resulta el cuadro patológico de la neurosis. No puede objetarse, que al proceder el Yo a la represión obedece, en el fondo, los mandatos del super-Yo, los cuales proceden, a su vez, de aquellas influencias del mundo exterior que se han creado una representación en el super-Yo. Siempre resultará que el Yo se ha puesto al lado de estos poderes, cuyas exigencias tienen más fuerza para él que las exigencias instintivas del Ello, siendo él mismo el poder que impone la represión en contra de aquellos elementos del Ello y la afirma por medio de la contracarga de la resistencia. Así, pues, el Yo ha entrado en conflicto con el Ello en servicio del super-Yo y de la realidad. Tal es la situación en todas las neurosis de transferencia.

De otra parte, nos es también muy fácil extraer del conocimiento adquirido hasta ahora sobre el mecanismo de las psicosis ejemplos que nos indican la perturbación de la relación entre el Yo y el mundo exterior. En la amencia de Meynerts, la demencia aguda alucinatoria, forma quizá la más extrema e impresionante de la psicosis, la percepción del mundo exterior cesa por completo o permanece totalmente ineficaz. Normalmente, el mundo exterior domina al Yo por dos caminos: En primer lugar, mediante las

percepciones actuales continuamente posibles y en segundo, con el acervo mnémico de percepciones anteriores, que constituyen, como "mundo interior", un patrimonio y un elemento del Yo. En la amencia no sólo queda excluída la acogida de nuevas percepciones, sino también sustraída al mundo interior su significación (carga). El Yo se procura independientemente un nuevo mundo exterior e interior y surgen dos hechos indubitables: que este nuevo mundo es construído de acuerdo con las tendencias optativas del Ello y que la causa de esta disociación del mundo exterior es una privación impuesta por la realidad y considerada intolerable. Esta psicosis muestra una gran afinidad interna con los sueños normales. Pero la condición del fenómeno onírico normal es, precisamente, el estado de reposo, entre cuyos caracteres hallamos el apartamiento del mundo real y de toda percepción.

De otras formas de psicosis, las esquizofrenias, sabemos que culminan en un embotamiento afectivo, esto es, en la pérdida de todo interés hacia el mundo exterior. Con respecto a la génesis de los delirios, algunos análisis nos han enseñado que el delirio surge precisamente en aquellos puntos en los que se ha producido una solución de continuidad en la relación del Yo con el

mundo exterior. Si el conflicto con el mundo exterior en el cual hemos visto la condición de la enfermedad, no se hace aún más patente, ello depende de que en el cuadro patológico de la psicosis, quedan, a veces, encubiertos los fenómenos del proceso patógeno por los de una tentativa de curación o de reconstrucción.

La etiología común a la explosión de una psiconeurosis o una psicosis es siempre la privación, el incumplimiento de uno de aquellos deseos infantiles, jamás dominados, que tan hondamente arraigan en nuestra organización, determinada por la filogenia. Esta privación tiene siempre, en el fondo, un origen exterior, aunque en el caso individual parezca partir de aquella instancia interior (en el super-Yo) que se ha atribuído la representación de las exigencias de la realidad. El efecto patógeno depende de que el Yo permanezca fiel en este conflicto, a su dependencia del mundo exterior e intente amordazar al Ello, o que, por el contrario, se deje dominar por el Ello y arrancar, así, a la realidad. Pero en esta situación, aparentemente sencilla, introduce una complicación la existencia del super-Yo que reúne en sí, en un enlace aún impenetrado, influencias del Ello y otras del mundo exterior, constituyendo, en cierto modo, un

modelo ideal hacia el que tienden todas las aspiraciones del Yo: la conciliación de sus múltiples dependencias. En todas las formas de enfermedad psíquica habría de tenerse en cuenta la conducta del super-Yo, cosa que no se ha hecho hasta ahora. Pero ya podemos indicar, provisionalmente, que ha de haber también afecciones cuya base esté en un conflicto entre el Yo y el super-Yo. El análisis nos da derecho a suponer que la melancolía es un ejemplo de este grupo, al que daríamos entonces el nombre de "psiconeurosis narcisista". El hecho de que encontremos motivos para separar de las demás psicosis, estados tales como la melancolía, no concuerda mal con nuestras impresiones. Pero entonces advertimos que podríamos completar nuestra fórmula genética sin abandonarla. La neurosis de transferencia corresponde al conflicto entre el Yo y el super-Yo y la psicosis al conflicto entre el Yo y el mundo exterior. Al principio, no podemos decir, ciertamente, si hemos conquistado, en realidad, nuevos conocimientos o si tan sólo hemos enriquecido nuestra colección de fórmulas, pero, a mi juicio, esta posibilidad de aplicación debe darnos ánimos para mantener la indicada articulación del aparato anímico en un Yo, un super-Yo y un Ello.

La afirmación de que las neurosis y las psicosis nacen de los conflictos del Yo con sus distintas instancias dominantes, esto es, que corresponden a un fracaso de la función del Yo, el cual se esfuerza, sin embargo, en conciliar las distintas exigencias, precisa aún de nuevas investigaciones para ser complementada. Quisiéramos saber en qué circunstancias y por qué medios consigue el Yo escapar, sin enfermar, a tales conflictos constantemente dados. Es éste un nuevo campo de investigación en el que habremos de encontrar los más diversos factores. Por lo pronto, ya podemos indicar dos. El desenlace de todas estas situaciones habrá de depender, indudablemente, de circunstancias económicas, de las magnitudes relativas de las tendencias combatientes entre sí. Además, el Yo podrá evitar un desenlace perjudicial en cualquier sentido, deformándose espontáneamente, tolerando daños de su unidad o incluso disociándose en algún caso. De este modo, las inconsecuencias y las chifladuras de los hombres resultarían análogas a sus perversiones sexuales, en el sentido de ahorrarles represiones.

Para terminar, recordaremos la interrogación de si el proceso en el cual se aparta el Yo del mundo exterior constituirá un mecanismo análogo a la represión. A mi juicio, esta cues-

tión no puede ser resuelta sin nuevas investigaciones, pero, de todos modos, sí puede afirmarse ya que habrá de entrañar, como la represión, una retracción de la carga destacada por el Yo.

EL FINAL DEL COMPLEJO DE EDIPO

1924.

El complejo de Elipo va designándose cada vez más claramente como el fenómeno central del temprano período sexual infantil. Luego sucumbe a la represión y es seguido del período de latencia. Pero no hemos visto aún claramente cuáles son las causas que provocan su fin. El análisis parece atribuírlo a las decepciones dolorosas sufridas por el sujeto. La niña, que se cree objeto preferente del amor de su padre, recibe un día una dura corrección por parte de éste, y se ve expulsada de su feliz Paraíso. El niño, que considera a su madre como propiedad exclusiva suya, la ve orientar, de repente, su cariño y sus cuidados, hacia un nuevo hermanito. Pero también en aquellos casos en los que no acaecen sucesos especiales como los citados en calidad de ejemplos, la ausencia de la satisfacción deseada acaba por apartar al infantil ena-

morado de su inclinación sin esperanza. El complejo de Edipo sucumbiría, así, a su propio fracaso, resultado de su imposibilidad interna.

Otra hipótesis sería la de que el complejo de Edipo tiene que desaparecer porque llega el momento de su disolución, como los dientes de leche se caen cuando comienzan a formarse los definitivos. Aunque el complejo de Edipo es vivido también individualmente por la mayoría de los seres humanos, es, sin embargo, un fenómeno determinado por la herencia y habrá de desaparecer, conforme a una trayectoria predeterminada, al iniciarse la fase siguiente del desarrollo. Resultará, pues, indiferente, cuáles sean los motivos ocasionales de su desaparición e incluso que no podamos hallarlos.

Ambos hipótesis parecen justificadas. Pero, además, resultan fácilmente conciliables. Al lado de la hipótesis filogénica más amplia, queda espacio suficiente para la ontogénica. También el individuo entero está destinado, desde su nacimiento mismo, a morir, y también lleva ya indicada, quizá en la disposición de sus órganos, la causa de su muerte. Pero siempre será interesante perseguir cómo se desarrolla el programa predeterminado y en qué forma es aprovechada la disposición por acciones nocivas casuales.

Nuestra penetración ha sido aguzada recientemente por la observación de que el desarrolla sexual del niño avanza hasta una fase en la que los genitales se han adjudicado ya el papel directivo. Pero este genital es tan sólo el masculino, o más exactamente aún, el pene; el genital femenino permanece aún desconocido. Esta fase fálica, que es, al mismo tiempo, la del complejo de Edipo, no continúa desarrollándose hasta constituír una organización genital definitiva, sino que desaparece y es sustituída por el período de latencia. Pero su desaparición se desarrolla de un modo típico y apoyándose en sucesos regularmente emergentes.

Cuando el sujeto infantil de sexo masculino ha concentrado su interés sobre sus genitales, lo revela con manejos manuales y no tarda en advertir que los mayores no están conformes con aquella conducta. Más o menos precisa, más o menos brutal, surge la amenaza de privarle de aquella parte tan estimada de su cuerpo. Esta amenaza de castración parte casi siempre de alguna de las mujeres que rodean habitualmente al niño, las cuales intentan, muchas veces, robustecer su autoridad asegurando que el castigo será llevado a cabo por el médico o por el padre. En algunos casos, llevan a cabo, por sí mismas, una atenuación simbólica de su amenaza, anun-

ciando, no ya la mutilación del órgano genital, pasivo en realidad, sino la de la mano, activamente pecadora. Con gran frecuencia, sucede que el infantil sujeto no es amenazado con la castración por juguetear con el pene, sino por mojar todas las noches la cama. Sus guardadores se conducen entonces como si esta incontinencia nocturna fuese consecuencia y testimonio de los tocamientos del órgano genital y, probablemente, tienen razón. En todo caso, tal incontinencia duradera puede equipararse a la polución del adulto, siendo una manifestación de la misma excitación genital que por esta época ha impulsado al niño a masturbarse.

Habremos de afirmar, ahora, que la organización genital fálica del niño sucumbe a esta amenaza de castración, aunque no inmediatamente y sin que a ella se agreguen otras influencias, pues el niño no presta, al principio, a la amenaza, fe ni obediencia ningunas. La psicoanálisis ha concedido recientemente un gran valor a dos clases de experiencias que no son ahorradas a ningún niño y por las cuales habría de estar preparado a la pérdida de partes de su cuerpo altamente estimadas: la pérdida, temporal primero y luego definitiva, del pecho materno, y la expulsión diariamente necesaria del contenido intestinal. Pero no se advierte que estas experiencias entren

en juego con motivo de la amenaza de castración. Sólo después de haber hecho otra nueva comienza el niño a contar con la posibilidad de una castración y aun entonces muy vacilantemente, contra su voluntad y procurando aminorar el alcance de su propia observación.

Esta observación que rompe por fin la incredulidad del niño es su descubrimiento de los genitales femeninos. Siempre se le presenta alguna ocasión de contemplar la región genital de una niña y convencerse de la falta de aquel órgano, del que tan orgulloso está, en un ser tan semejante a él. De este modo, se le hace ya posible representarse la pérdida de su propio pene, y la amenaza de la castración comienza entonces a surtir sus efectos.

Por nuestra parte, no debemos ser tan cortos de vista como los familiares y guardadores del niño, que le amenazan con la castración y desconocer, como ellos, que la vida sexual del niño no se reduce, por esta época, exclusivamente a la masturbación. Aparece también, visiblemente, en su actitud con respecto a sus padres, determinada por el complejo de Edipo. La masturbación no es más que la descarga genital de la excitación sexual correspondiente al complejo y deberá a esta relación su significación para todas las épocas ulteriores. El complejo de Edipo

ofrecía al niño dos posibilidades de satisfacción, una activa y otra pasiva. Podía situarse en actitud masculina en el lugar del padre y tratar como él a su madre, actitud que hacía ver pronto en el padre un estorbo o querer sustituir a la madre y dejarse amar por el padre, resultando entonces superflua la madre. El niño no tiene sino una idea muy vaga de aquello en lo que puede consistir la satisfacción amorosa, pero sus sensaciones orgánicas le imponen la convicción de que el pene desempeña en ella algún papel. No ha tenido ocasión tampoco para dudar de que la mujer posea también un pene. La aceptación de la posibilidad de la castración y el descubrimiento de que la mujer aparece castrada, puso, pues, un fin a las dos posibilidades de satisfacción relacionadas con el complejo de Edipo. Ambas traían consigo la pérdida del pene, la una, masculina, como castigo; la otra, femenina, como premisa. Si la satisfacción amorosa basada en el complejo de Edipo ha de costar la pérdida del pene, surgirá un conflcto entre el interés narcisista por esta parte del cuerpo y la carga libidinosa de los objetos parentales. En este conflicto, vence normalmente el primer poder, y el Yo del niño se aparta del complejo de Edipo.

Ya he indicado en otro lugar, de qué forma

se desarrolla este proceso. Las cargas de objeto quedan abandonadas y sustituídas por identificaciones. La autoridad del padre o de los padres, introyectada en el Yo, constituye en él el nóbulo del super-Yo, que toma del padre su rigor, perpetúa su prohibición del incesto y garantiza así el Yo contra el retorno de las cargas de objeto libidinosas. Las tendencias libidinosas correspondientes al complejo de Edipo quedan en parte desexualizadas y sublimadas, cosa que sucede probablemente en toda transformación en identificación, y en parte inhibidas en cuanto a su fin y transformadas en tendencias sentimentales. Este proceso ha salvado, por una parte, los genitales, apartando de ellos la amenaza de castración, pero, por otra, los ha paralizado, despojándolos de su función. Con él empieza el período de latencia que interrumpe la evolución sexual del niño.

No veo motivo alguno para no considerar el apartamiento del Yo del complejo de Edipo, como una represión, aunque la mayoría de las represiones ulteriores se produzcan bajo la intervención del super-Yo, cuya formación se inicia precisamente aquí. Pero el proceso descrito es más que una represión y equivale, cuando se desarrolla perfectamente, a una destrucción y una desaparición del complejo. Nos inclinaríamos a

suponer que hemos tropezado aquí con el límite, nunca precisamente determinable, entre lo normal y lo patológico. Si el Yo no ha alcanzado realmente más que una represión del complejo, éste continuará subsistiendo inconsciente en el Ello, y manifestará más tarde su acción patógena.

La observación analítica permite reconocer o adivinar estas relaciones entre la organización fálica, el complejo de Edipo, la amenaza de castración, la formación de super-Yo y el período de latencia. Ellas justifican la afirmación de que el complejo de Edipo sucumbe a la amenaza de castración. Pero con ello no queda determinado el problema; queda aún espacio para una especulación teórica, que puede destruír el resultado obtenido o arrojar nueva luz sobre él. Ahora bien; antes de emprender este camino, habremos de examinar una interrogación que surgió durante la discusión que antecede y hemos dejado aparte hasta ahora. El proceso descrito se refiere, como hemos dicho expresamente, al sujeto infantil masculino. ¿Qué trayectoria seguirá el desarrollo correspondiente en la niña?

Nuestro material se hace aquí—incomprensiblemente—mucho más obscuro e insuficiente. También el sexo femenino desarrolla un complejo de Edipo, un super-Yo y un período de laten-

cia. ¿Pueden serle atribuídos asímismo un complejo de castración y una organización fálica? Desde luego, sí, pero no los mismos que en el niño. La diferencia morfológica ha de manifestarse en variantes del desarrollo psíquico. La anatomía es el destino, podríamos decir, glosando una frase de Napoleón. El clítoris de la niña se comporta, al principio, exactamente como un pene, pero cuando la sujeto tiene ocasión de compararlo con el pene verdadero de un niño, encuentra pequeño el suyo y siente este hecho como una desventaja y un motivo de inferioridad. Durante algún tiempo, se consuela con la esperanza de que crecerá con ella, iniciándose, en este punto, el complejo de masculinidad de la mujer. La niña no considera su falta de pene como un carácter sexual, sino que la explica suponiendo que en un principio poseía un pene igual al que ha visto en el niño, pero que lo perdió luego por castración. No parece extender esta conclusión a las demás mujeres, a las mayores, sino que las atribuye, de completo acuerdo con la fase fálica, un genital masculino completo. Resulta, pues, la diferencia importante de que la niña acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el niño teme la posibilidad de su cumplimiento.

Con la exclusión del miedo a la castración

desaparece también un poderoso motivo de la formación del super-Yo y de la interrupción de la organización genital infantil. Estas formaciones parecen ser, más que en el niño, consecuencias de la educación, de la intimidación exterior que amenaza con la pérdida del cariño de los educadores. El complejo de Edipo de la niña es mucho más unívoco que el del niño y, según mi experiencia, va muy pocas veces más allá de la sustitución de la madre y la actitud femenina con respecto al padre. La renuncia al pene no es soportada sin la tentativa de una compensación. La niña pasa—podríamos decir que siguiendo una comparación simbólica—de la idea del pene a la idea del niño. Su complejo de Edipo culmina en el deseo, retenido durante mucho tiempo, de recibir del padre, como regalo, un niño, tener de él, un hijo. Experimentamos la impresión de que el complejo de Edipo es abandonado luego lentamente porque este deseo no llega jamás a cumplirse. Los dos deseos, el de poseer un pene y el de tener un hijo, perduran en lo inconsciente, intensamente cargados, y ayudan a preparar a la criatura femenina para su ulterior papel sexual. Pero, en general, hemos de confesar que nuestro conocimiento de estos procesos evolutivos de la niña es harto insatisfactorio e incompleto.

Es indudable que las relaciones temporales y causales aquí descritas entre el complejo de Edipo, la intimidación sexual (amenaza de castración), la formación del super-Yo y la entrada en el período de latencia, son de naturaleza típica, pero no quiero afirmar que este tipo sea el único. Las variantes en la sucesión temporal y en el encadenamiento de estos procesos han de ser muy importantes para el desarrollo del individuo.

Desde la publicación del interèsante estudio de O. Rank sobre el "trauma del nacimiento" no se puede tampoco aceptar sin discusión alguna el resultado de esta pequeña investigación, o sea, la conclusión de que el complejo de Edipo del niño sucumbe al miedo a la castración. Pero me parece aún prematuro entrar por ahora en esta discusión y quizá también poco adecuado comenzar en este punto la crítica o la aceptación de la tearía de Bank.

LA PERDIDA DE REALIDAD EN LA NEUROSIS Y EN LA PSICOSIS

1924

Ya en un trabajo reciente expusimos, como uno de los caracteres diferenciales entre la neurosis y la psicosis, el hecho de que en la primera, reprime el Yo, obediente a las exigencias de la realidad, una parte del Ello (de la vida instintiva), mientras que en la psicosis, el mismo Yo, dependiente ahora del Ello, se retrae de una parte de la realidad. Así, pues, en la neurosis dominaría el influjo de la realidad y en la psicosis, el del Ello. La pérdida de realidad sería un fenómeno característico de la psicosis y ajeno, en cambio, a la neurosis.

Sin embargo, estas conclusiones no parecen conciliables con la observación de que toda neurosis perturba en algún modo la relación del enfermo con la realidad, constituyendo, para él, un medio de retraerse de ella y un refugio al que

ampararse, huyendo de las dificutades de la vida real. Esta contradicción parece espinosa, pero es muy fácil de resolver y su solución ha de fomentar considerablemente nuestra comprensión de la neurosis.

Tal contradicción subsiste, en efecto, solamente, mientras nos limitamos a considerar la situación inicial de la neurosis, en la cual el Yo lleva a cabo le represión de una tendencia instintiva, obedeciendo a los dictados de la realidad. Pero esto no es todavía la neurosis misma. Esta consiste, más bien, en los procesos que aportan una compensación a la parte perjudicada del Ello, esto es, en la reacción contra la represión y en su fracaso. El relajamiento de la relación con la realidad es, luego, la consecuencia de este segundo paso en la producción de los neurosis y no habríamos de extrañar que la investigación nos descubriese que la pérdida de realidad recae precisamente sobre aquella parte de realidad a cuya demanda fué iniciada la represión.

Así, pues, la génesis característica de la neurosis, a consecuencia de una represión fracasada, no es nada nuevo. Siempre lo hemos afirmado así, y sólo la nueva relación de este postulado con nuestro tema actual nos ha llevado a repetirlo.

La misma apariencia de contradicción surge con intensidad mucho mayor cuando se trata de una neurosis cuya motivación ocasional ("la escena traumática") nos es conocida y en la que podemos ver cómo el sujeto se aparta de tal suceso y lo abandona a la amnesia. Recordaré aquí, como ejemplo, un caso analizado por mí hace ya muchos años (1), en el cual la sujeto, una muchacha enamorada de su cuñado, quedó sobrecogida ante el lecho mortuorio de su hermana, por la idea de que el hombre amado estaba ya libre y podía casarse con ella. Esta escena fué olvidada en el acto, y con ello quedó iniciado el proceso de regresión que condujo a la dolencia histérica. Pero precisamente aquí resulta muy instructivo ver por qué caminos intenta la neurosis resolver el conflicto. Anula por completo la modificación de las circunstancias reales, reprimiendo el instinto de que se trataba o sea el amor de la muchacha a su cuñado. La reacción psicótica hubiera consistido en negar el hecho real de la muerte de la hermana.

Podría, ahora, esperarse, que en la génesis de la psicosis se desarrollase algo parecido al proceso que tiene efecto en la neurosis, aunque, na-

(1) Véase "**La Histeria**", tomo X, de esta edición castellana.

turalmente, entre otras instancias. Esto es, que también en la psicosis se hiciesen visibles dos avances, el primero de los cuales arrancaría al Yo de la realidad, mientras que el segundo tendería a enmendar el daño y restablecería, a costa del Ello, la relación con la realidad. Y, efectivamente, observamos en la psicosis algo análogo; dos avances, el segundo de los cuales tiene un carácter de reparación, pero luego, la analogía se convierte en una coincidencia mucho más amplia de los procesos. El segundo avance de la psicosis tiende también a compensar la pérdida de realidad, pero no a costa de una limitación del Yo, como en la neurosis a costa de la relación con la realidad, sino por otro camino, mucho más independiente, esto es, mediante la creación de una nueva realidad, exenta de los motivos de disgusto que la anterior ofrecía. Así, pues, este segundo avance obedece en la neurosis y en la psicosis, a la misma tendencia, apareciendo en ambos casos al servicio de las aspiraciones de poder del Ello, que no se deja dominar por la realidad. En consecuencia, tanto la neurosis como la psicosis, son expresión de la rebeldía del Ello contra el mundo exterior, o si se quiere, de su incapacidad para adaptarse a la realidad, diferenciándose mucho más entre sí en la primera reacción inicial

que en la tentativa de reparación a ella consecutiva.

Esta diferencia inicial se refleja luego en el resultado: En la neurosis se evita, como huyendo de él, un trozo de la realidad, que en la psicosis es elaborado y transformado. En la psicosis, a la fuga inicial, sigue una fase activa de transformación, y en la neurosis, a la obediencia inicial, una ulterior tentativa de fuga. O dicho de otro modo: la neurosis no niega la realidad, se limita a no querer saber nada de ella. La psicosis la niega e intenta sustituírla. Llamamos normal o "sana" una conducta que reúne determinados caracteres de ambas reacciones, esto es, que no niega la realidad, al igual de la neurosis, pero se esfuerza en transformarla, como la psicosis. Esta conducta normal y adecuada conduce naturalmente a una labor manifiesta sobre el mundo exterior y no se contenta, como en la psicosis, con la producción de modificaciones internas; no es *autoplástica,* sino *aloplástica.*

En la psicosis, la elaboración modificadora de la realidad recae sobre las cristalizaciones psíquicas de la relación mantenida hasta entonces con ella, esto es, sobre las huellas mnémicas, las representaciones y los juicios tomados hasta entonces de ella y que la representaban en la vida anímica. Pero esta relación no constituía algo fi-

jo e inmutable, sino que era transformada y enriquecida de continuo por nuevas percepciones. De este modo, se plantea, también, a la psicosis la tarea de procurarse aquellas percepciones que habrían de corresponder a la nueva realidad, consiguiéndolo por medio de la alucinación. Si los recuerdos falsos, los delirios y las alucinaciones muestran un carácter tan penoso en tantas formas y casos de psicosis y aparecen acompañados de angustia, habremos de ver en ello un indicio de que todo el proceso de transformación se realiza contra la intensa oposición de poderosas energías. Podemos representarnos el proceso conforme al modelo de las neurosis, que nos es más conocido. En las neurosis, vemos surgir una reacción de angustia cada vez que el instinto reprimido trata de llegar a la conciencia, y observamos que el resultado del conflicto no es, a pesar de todo, más que una transacción, absolutamente insuficiente como satisfacción. En la psicosis, el trozo de realidad rechazado trata probablemente de imponerse de continuo a la vida anímica, como en la neurosis el instinto reprimido, y por esta razón surgen, en ambos casos, las mismas consecuencias. La discusión de los diversos mecanismos que han de llevar a cabo en la psicosis, el apartamiento de la realidad y la construcción de

otra distinta, constituyen una labor, aun intacta, de la psiquiatría especial.

Existe, pues, entre la neurosis y la psicosis, una nueva analogía, consistente en que ambas fracasan parcialmente en la labor emprendida en su segundo avance, pues ni el instinto reprimido puede procurarse una sustitución completa (neurosis), ni la representación de la realidad se deja fundir en las formas satisfactorias. Pero el acento carga, en cada una, en un lugar distinto. En la psicosis, el acento carga exclusivamente sobre el primer avance, patológico ya de por sí y que sólo puede conducir a la enfermedad, y en cambio, en la neurosis, sobre el segundo, sobre el fracaso de la represión, mientras que el primero puede producirse y en realidad se ha producido innumerables veces, dentro de la salud, aunque no sin dejar tras sí señales de esfuerzo psíquico exigido. Estas diferencias, y quizá otras muchas, son consecuencias de la diversidad tópica en el desenlace del conflicto patógeno, según que el Yo haya cedido en él a su adhesión al mundo real o a su dependencia del Ello.

La neurosis se limita regularmente a evitar el fragmento de realidad de que se trate y protegerse contra todo encuentro con él. Pero la precisa diferencia entre la neurosis y la psicosis que-

da mitigada por el hecho de que tampoco en la neurosis faltan las tentativas de sustituir la realidad indeseada por otra más conforme a los deseos del sujeto. Semejante posibilidad es facilitada por la existencia del mundo de la fantasía, un dominio que al tiempo de la instauración del principio de la realidad quedó separado del mundo exterior, siendo mantenido aparte, desde entonces, como una especie de "atenuación" de las exigencias de la vida, y aunque no resulta inasequible al Yo, sólo conserva con él una relación muy laxa. De este mundo de la fantasía extrae la neurosis el material para sus nuevos productos optativos, hallándolo en él por medio de la regresión a épocas reales anteriores más satisfactorias.

También en la psicosis desempeña seguramente el mundo de la fantasía este mismo papel, constituyendo también el almacén del que son extraídos los materiales para la construcción de la nueva realidad. Pero el nuevo mundo exterior fantástico de la psicosis quiere sustituírse a la realidad exterior, mientras que el de la neurosis gusta de apoyarse, como los juegos infantiles, en un trozo de la realidad—en un fragmento de la realidad distinto de aquel contra el cual tuvo que defenderse—y le presta una significación especial y un sentido oculto al que calificamos de

"simbólico", aunque no siempre con plena exactitud. Resulta, pues, que en ambas afecciones, la neurosis y la psicosis, se desarrolla, no sólo una *pérdida de realidad,* sino también una *sustitución de realidad.*

EL "BLOCK MARAVILLOSO"

1924

Cuando desconfiamos de nuestra memoria—desconfianza que alcanza gran intensidad en los neuróticos, pero que también está justificada en los normales—, podemos complementar y asegurar esta función por medio de anotaciones gráficas. La superficie que conserva estas anotaciones, pizarra u hoja de papel, es, entonces, como una parte materializada del aparato mnémico, que llevamos, invisible, en nosotros. Nos bastará, pues, saber el lugar en el que se halla el "recuerdo" así fijado, para poderlo "reproducir" a voluntad, con la certeza de que ha permanecido invariable, habiendo eludido, así, las deformaciones que quizá hubiese sufrido en nuestra memoria.

Pero cuando queremos servirnos ampliamente de esta técnica para perfeccionar nuestra función mnémica, advertimos que podemos poner en práctica dos distintos procedimientos. Pode-

mos, primeramente, elegir una superficie que conserve intacta, durante mucho tiempo, la anotación a ella confiada, esto es, una hoja de papel sobre la que escribiremos con tinta, obteniendo, así, una "huella mnémica permanente". La desventaja de este procedimiento consiste en que la capacidad de la superficie receptora se agota pronto. La hoja de papel no ofrece ya lugar para nuevas anotaciones y nos vemos obligados a tomar otra nueva. Por otro lado, la ventaja que este procedimiento nos ofrece al procurarnos una "huella permanente", puede perder, para nosotros, su valor, cuando, al cabo de algún tiempo, deja de interesarnos lo anotado y no queremos ya "conservarlo en la memoria". El segundo procedimiento no presenta estos defectos. Si escribimos, por ejemplo, con tiza, sobre una pizarra, tendremos una superficie de capacidad receptora ilimitada, de la que podremos borrar las anotaciones, en cuanto cesen de interesarnos, sin tener por ello que destruírla o tirarla. El inconveniente está aquí en la imposibilidad de conservar una huella permanente, pues al querer inscribir en la pizarra cubierta ya de anotaciones, alguna nueva, tenemos que borrar parte de las anteriores. Así, pues, en los dispositivos con los cuales sustituímos nuestra memoria, parecen excluírse, entre sí, la capacidad receptora ilimitada y la

conservación de huellas permanentes; hemos de renovar la superficie receptora o destruir las anotaciones.

Los aparatos auxiliares que hemos inventado para perfeccionar o intensificar nuestras funciones sensoriales están todos construídos a semejanza del órgano sensorial correspondiente o de una parte del mismo (lentes, cámaras fotográficas, trompetillas, etc.). Desde este punto de vista, los dispositivos auxiliares de nuestra memoria parecen muy defectuosos, pues nuestro aparato anímico realiza precisamente lo que aquéllos no pueden. Presenta una ilimitada capacidad receptora de nuevas percepciones y crea, además, huellas duraderas, aunque no invariables, de las mismas. Ya en la "Interpretación de los sueños" (1900), expusimos la sospecha de que esta facultad, poco común, correspondía a la función de dos distintos sistemas (órganos del aparato anímico). Poseeríamos un sistema encargado de recibir las percepciones, pero no de conservar de ellas una huella duradera, conduciéndose así, con respecto a cada nueva percepción, como una cuartilla intacta. Tales huellas permanentes de los estímulos acogidos surgirían luego en los "sistemas mnémicos" situados detrás del sistema receptor. Más tarde ("Más allá del principio del placer"), agregamos la observación de

que el fenómeno inexplicable de la conciencia, nace en el sistema perceptor en lugar de las huellas duraderas.

Hace poco tiempo, ha surgido en el comercio, con el nombre de "block maravilloso", un objeto que parece prometer mayor utilidad que la hoja de papel o la pizarra. No pretende ser más que un memorándum del cual pueden borrarse cómoda y sencillamente las anotaciones. Pero si lo observamos más detenidamente, encontramos en su construcción una singular coincidencia con la estructura por nosotros supuesta de nuestro aparato perceptor y comprobamos que puede, en efecto, ofrecernos las dos cosas, una superficie receptora siempre pronta y huellas permanentes de las anotaciones hechas.

El block maravilloso es una lámina de resina o cera de color oscuro, encuadrada en un marco de papel y sobre la cual va una fina hoja transparente, sujeta en su borde superior y suelta en el inferior. Esta hoja es la parte más interesante de todo el aparato. Se compone, a su vez, de dos capas separables salvo en los bordes transversales. La capa superior es una lámina transparente de celuloide y la inferior un papel encerado muy delgado y translúcido. Cuando el aparato no es empleado, la superficie interna del papel

encerado permanece ligeramente adherida a la cara superior de la lámina de cera.

Para usar este block maravilloso, se escribe sobre la capa de celuloide de la hoja que cubre la lámina de cera. Para ello, no se emplea lápiz ni tiza, sino, como en la antigüedad, un estilo o punzón. Pero en el block maravilloso, el estilo no graba directamente la escritura sobre la lámina de cera, sino por mediación de la hoja que la recubre, adhiriendo a la primera, en los puntos sobre los que ejerce presión, la cara interna del papel encerado, y los trazos así marcados se hacen visibles, en un color más oscuro, en la superficie grisácea del celuloide. Cuando luego se quiere borrar lo escrito, basta separar ligeramente, de la lámina de cera, la hoja superior, cuyo borde inferior queda libre. El contacto establecido por la presión del estilo entre el papel encerado y la lámina de cera, contacto al que se debía la visibilidad de lo escrito, queda así destruído, sin que se establezca de nuevo al volver a tocarse ambos, y el block maravilloso aparece otra vez limpio y dispuesto a acoger nuevas anotaciones.

Las pequeñas imperfecciones de este objeto no presentan, naturalmente, para nosotros, interés alguno, puesto que nuestra intención no es sino perseguir sus coincidencias con la estructura de nuestro aparato anímico perceptor.

Si después de escribir sobre el block maravilloso, separamos con cuidado la hoja de celuloide de la de papel encerado, seguimos viendo lo escrito sobre la superficie de este último y podemos preguntarnos qué utilidad ha de tener la hoja de celuloide. Pero, en seguida, advertimos que el papel encerado se rasgaría o se arrugaría si escribiésemos directamente sobre él con el estilo. La hoja de celuloide es, por lo tanto, una cubierta protectora del papel encerado, destinada a protegerle de las acciones nocivas ejercidas sobre él desde el exterior. El celuloide es un "dispositivo protector contra las excitaciones" y la capa que las acoge es propiamente el papel. Podremos ya recordar aquí, que en "Más allá del principio del placer", expusimos que nuestro aparato perceptor se componía de dos capas, una protección exterior contra los estímulos, encargada de disminuir la magnitud de los mismos, y bajo ella, la superficie receptora.

La analogía no tendría mucho valor si terminase aquí. Pero aun va más lejos. Si levantamos toda la cubierta—celuloide y papel encerado—, separándola de la lámina de cera, desaparece definitivamente lo escrito. La superficie del block queda limpia y dispuesta a acoger nuevas anotaciones. Pero no es difícil comprobar que la huella permanente de lo escrito ha quedado con-

servada sobre la lámina de cera, siendo legible a una luz apropiada. Así, pues, el block no ofrece tan sólo una superficie receptora utilizable siempre de nuevo, como la pizarra, sino que conserva una huella permanente de lo escrito, como la hoja de papel. Resuelve el problema de reunir ambas facultades *distribuyéndolas entre dos elementos —sistemas—distintos, pero enlazados entre sí.* Coincide, pues, exactamente, con la hipótesis antes citada sobre la estructura de nuestro aparato anímico perceptor. La capa que acoge los estímulos no conserva su huella permanente y los fundamentos de nuestra memoria nacen en otro sistema vecino.

No debe preocuparnos aquí, que las huellas permanentes de las anotaciones recibidas no sean ya utilizadas en el block maravilloso. Basta que existan. Alguna vez ha de concluir la analogía de un tal aparato auxiliar con el órgano que copia. El block maravilloso no puede tampoco "reproducir" las inscripciones borradas, "desde el interior". Sería realmente maravilloso si pudiera hacerlo así, como nuestra memoria. De todos modos, no nos parece muy aventurado comparar la cubierta compuesta por el celuloide y el papel encerado, con el sistema receptor de los estímulos y su dispositivo protector; la lámina de cera, con el sistema inconsciente situado detrás de él

y la aparición y desaparición de lo escrito, con la conducta correspondiente de la conciencia en cuanto a las percepciones. Pero, además, confieso que me siento inclinado a llevar más allá la comparación.

En el block maravilloso, la escritura desaparece cada vez que suprimimos el contacto entre el papel receptor del estímulo y la lámina de cera que guarda la impresión. Esta circunstancia coincide con una idea que hace tiempo nos hemos formado sobre el funcionamiento del aparato psíquico perceptor, pero que nunca habíamos aún expuesto. Hemos supuesto que desde el interior son constantemente enviadas al sistema perceptor y retiradas de él, inervaciones de carga psíquica. En tanto que el sistema se mantiene investido de energía psíquica, recibe las percepciones acompañadas de conciencia y transmite el estímulo a los sistemas mnémicos inconscientes. Pero cuando la carga de energía psíquica es retraída de él, se apaga la conciencia y cesa la función del sistema. Es como si lo inconsciente destacase por medio del sistema receptor y hacia el mundo exterior unos sensibles tentáculos y los retrajese una vez comprobados los estímulos. En nuestra hipótesis, adscribimos las interrupciones que en el block maravilloso provoca una acción exterior, al efecto de una discontinuidad de las

inervaciones, y en lugar de una supresión real del contacto suponemos una insensibilidad períodica del sistema perceptor. Por último, suponemos también que este funcionamiento discontinuo de sistema perceptor constituye la base de la idea del tiempo.

Si se imagina que mientras una mano escribe en el block maravilloso, hay otra que levanta periódicamente la cubierta, se tendrá una idea de la forma en que por nuestra parte hemos tratado de representar la función de nuestro aparato psíquico perceptor.

UNA EXPERIENCIA RELIGIOSA

En el otoño de 1927, un periodista germano-americano (G. S. Viereck), al que hubiera recibido con mucho gusto si alguna vez se le hubiera ocurrido venir a verme, publicó una entrevista conmigo en la que se hablaba de mi falta de creencias religiosas y de mi indiferencia ante la posibilidad de una vida de ultratumba. Esta supuesta entrevista fué muy leída y me procuró, entre otras, la siguiente carta de un médico americano:

"...Lo que más me ha impresionado ha sido su respuesta a la pregunta de si creía en una subsistencia de la personalidad después de la muerte. Según el informador, habría contestado usted secamente: Eso me tiene sin cuidado.

Le escribo hoy para comunicarle un suceso vivido por mí el año mismo en que terminaba mis estudios universitarios. Una tarde que me encontraba en el quirófano, entraron el cadáver de una anciana y lo colocaron sobre una de las mesas de disección. Hondamente impresionado por la ex-

presión de serena dulzura de aquel rostro muerto, pensé en el acto: No; no hay Dios; si hubiera un Dios, no habría permitido que una mujer tan bondadosamente amable viniera a la sala de disección.

Al regresar luego a casa, abrigaba la firme decisión de no volver a entrar en una iglesia. Las doctrinas del cristianismo me habían inspirado ya antes graves dudas.

Pero cuando me hallaba reflexionando sobre todo esto, surgió en mi alma una voz que me aconsejó meditar mi resolución. Mi razón respondió a esta voz: Si alguna vez adquiero la certeza de que los dogmas cristianos son verdaderos y de que la Biblia es la palabra de Dios, los aceptaré sumisamente.

En los días siguientes, Dios hizo sentir claramente a mi alma que la Biblia es la palabra de Dios, que todo lo que se nos enseña sobre Jesucristo es verdad y que Jesús es nuestra única esperanza. Desde entonces, Dios se me ha revelado con otros muchos signos inequívocos.

Como "hermano médico" (brother physician) le ruego que medite sobre cuestión tan esencial y le aseguro que si lo hace sinceramente, Dios revelará a su alma la verdad, como a mí y a otras muchas personas..."

A esta carta contesté, cortésmente, que me felicitaba de que una tal experiencia le hubiese permitido conservar su fe. Dios no había hecho tanto por mí. No me había hecho oír jamás una tal voz, y si no se daba ya mucha prisa—teniendo en cuenta mi avanzada edad—no sería culpa mía si continuaba siendo hasta el fin, lo que ahora era, *an infidel jew*.

El amable colega americano aseguraba en su carta que el judaísmo no constituía un obstáculo para llegar a la verdadera fe y aducía, para demostrarlo, diversos ejemplos. Por último, me comunicaba que se rezaba por mí, implorando a Dios que me otorgase la fe verdadera.

Tales plegarias no han surtido hasta ahora el menor efecto. Pero la experiencia religiosa de mi amable corresponsal me ha hecho pensar, pareciéndome interesante intentar su explicación por motivos afectivos, ya que, además de su singularidad, presenta fundamentos lógicos harto débiles. Dios permite cosas más fuertes que la de que una mujer de rostro simpático acabe en una sala de disección. Tales cosas han sucedido siempre y sucedían todos los días en la época en que el médico americano terminaba sus estudios. Por otro lado, su carrera hace suponer que no podía ignorar éstas y otras miserias. Y entonces, ¿por qué su rebelión contra Dios hubo de estallar pre-

cisamente al experimentar aquella impresión ante el cadáver de la anciana?

La explicación es harto fácil para toda persona acostumbrada a considerar analíticamente los sucesos interiores y los actos de los hombres: tan fácil, que se mezcló espontáneamente en mi memoria con el hecho mismo al que se refería. Al citar en una discusión la carta del piadoso colega, expuse que según escribía en ella, el rostro de la anciana le había recordado el de su propia madre. En realidad, la carta no contenía nada semejante y yo mismo me di en seguida cuenta de ello, pero precisamente este error de memoria constituye la explicación que se nos impone al leer las palabras con las que el sujeto describe a la anciana (sweet faced dear old woman). El afecto despertado por el recuerdo de la madre es el responsable de la debilidad de juicio demostrada en aquella ocasión por el médico. Dejándonos llevar por el vicio psicoanalítico de aducir como material probatorio cosas que desde el punto de vista general parecen verdaderas pequeñeces susceptibles de otra distinta explicación menos profunda, nos fijaremos también en las palabras "hermano médico" empleadas a mi intención en la carta.

Podemos, pues, representarnos el proceso en la siguiente forma: La visión del cuerpo desnu-

do (o que ha de ser desnudado) de una mujer que le recuerda a su madre, despierta en el joven la nostalgia de la madre, procedente del complejo de Edipo y completada en el acto por la rebelión contra el padre. La imagen del padre y la de Dios no se hallan aún muy separadas en él, y el deseo de la muerte del padre puede hacerse consciente como duda de la existencia de Dios y quererse legitimar ante la razón como indignación por el maltrato infligido al objeto materno. El niño considera típicamente el comercio sexual entre el padre y la madre como una violencia ejercida sobre la madre. La nueva tendencia, desplazada al terreno religioso, no es más que una repetición de la situación del complejo de Edipo y sigue en consecuencia, al poco tiempo, igual destino, sucumbiendo a una poderosa corriente contraria. Durante el conflicto no es mantenido el nivel del desplazamiento, no se aduce argumento ninguno para la justificación de la idea de Dios ni se dice tampoco con qué signos inequívocos hubo de demostrar Dios su existencia al sujeto, desvaneciendo sus dudas. El conflicto parece haberse desarrollado en la forma de una psicosis alucinatoria: voces internas que se hacen perceptibles para desaconsejar la rebelión contra Dios. El combate interior tiene de nuevo en el

terreno religioso, su desenlace, predeterminado por el destino del complejo de Edipo: Una completa sumisión a la voluntad de Dios-padre. El joven se ha hecho creyente y acepta todo lo que desde niño se le ha enseñado acerca de Dios y de Jesucristo. Ha vivido una experiencia religiosa y se ha convertido.

Todo esto es tan sencillo y transparente que no podemos rechazar la interrogación de si la comprensión de este caso nos habrá descubierto algo sobre la psicología de la conversión religiosa. Remitiremos al lector a una excelente obra de Sante de Sanctis (La conversione religiosa, Bologna, 1924) en la que se utilizan todos los descubrimientos de la psicoanálisis. Su lectura confirma la sospecha de que no todos los casos de conversión religiosa se muestran tan transparentes como el que antecede, pero también que nuestro caso no contradice en ningún punto las opiniones que la investigación moderna ha formado sobre esta cuestión. Lo que distingue a nuestra observación en su enlace con una ocasión especial que hace brotar una vez más la incredulidad antes de quedar definitivamente dominada para el individuo.

FIN

INDICE

Impreso en los
talleres de la Editorial
"Cultura"
Santiago de Chile

COLECCION "HOMBRES E IDEAS"

(Continuación)

38 **La Psicología de las Multitudes**, por Gustavo le Bon .. $ 4.00
39 **Las Cuatro mujeres de Felipe II**, por M. Dhanys.. .. 6.00
40 **Ensayos de Psicoanálisis Aplicado**, por S. Freud 6.00
41 **Alejandra Feodorowna**, por Maurice Paléologue 5.00
42 **Romain Rolland**, por Stefan Zweig.. .. .. 7.00
43 **Lujo y Capitalismo**, por Werner Sombart, edición corriente, $ 4.00; Edición fina.. .. .. 6.00
44 **La Escandalosa Vida de los Borgia**, por G. Apollinaire 5.00
45 **Julio, 1914**, por Emil Ludwig.. .. .. 5.00
46 **El Saber y la Cultura**, por Max Scheler.. .. .. 3.00
47 **Lutero**, por Funck Brentano.. .. .. 8.00
49 **Cultura Femenina y Filosofía de la Coquetería**, por Jorge Simmel... ... ... 3.00
50 **El Problema de la Situación Religiosa. — La personalidad de Dios**, por Jorge Simmel. — **Mirabeau o El Político.—Kant**, por J. Ortega y Gasset.. .. .. 3.60
51 **La Orgullosa Vida de Trotsky**, por Pierre Fervacque .. 5.00
52 **Cómo veo el Mundo**, por Alberto Einstein.. .. .. 6.00
53 **Hindenburg**, por Emil Ludwig.... .. .. 10.00
54 **La Psicoanálisis y la Teoría de la Libido**, por Sigmund Freud 4.00
55 **La Tragedia de una Vida**, por Stefan Zweig.. .. .. .. 5.00
56 **Juana de Arco**, por Funck Brentano.. .. .. 4.00
57 **Introducción al Narcisismo**, por el Prof. Freud.. .. .. 4.00
58 **La Vida de Enrique IV**, por Pierre De Lanux.. .. .. 5.00
59 **La Emperatriz María Luisa**, por León Des Rivieres.. 4.00
60 **Jorge Sand y sus Amantes**, por Jean Davray.. .. .. 6.00
61 **Los Dictadores**, por Jacques Beinville.. .. .. 5.00
62 **La Sociología del Saber**, por Max Scheler 7.00
63 **Fundamentos de Filosofía**, por Bertrand Russell.. .. 9.00
64 **Psicogénesis o el Origen del Alma**, por Jorge F. Nicolai 20.00
65 **El Yo y lo Inconsciente**, por C. G. Jung.. .. .. 6.00
66 **Atila. El Azote de Dios**, por Marcel Brion.. .. .. .. 6.00
67 **Louis Pasteur**, por Keim y Lumet.. .. .. 4.00
68 **El Sentido de la Vida**, por el Dr. Alfred Adler.. .. .. 7.00
69 **Teoría del Psicoanálisis**, por C. G. Jung.. .. .. 6.00
70 **La Vida Sexual Contemporánea**, de Iwan Bloch. La obra completa en 2 tomos.. .. .. 25.00
71 **Introducción a la Psicología de la Vida Sexual**, por Erwin Wexberg 6.00
72 **El Sentimiento Trágico de la Vida**, por Miguel de Unamuno.. .. .. 8.00
73 **Conocimiento del Hombre**, por Alfred Adler .. .. .. 7.—
74 **La Vida y la Muerte de los Instintos en el Hombre. La evolución sexual**, por Dr. A. Hesnard.. .. .. 6.00



Precio: $ 5
Moneda Chilena